

RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA, JUAN (Ca. 1581-1639)

MUDARSE POR MEJORARSE

PERSONAS que hablan en ella:

Don GARCÍA, galán
El MARQUÉS, galán
Don FÉLIX, galán
OTAVIO, galán
Doña LEONOR, dama
MENCÍA, criada
REDONDO, gracioso
RICARDO, gracioso
FIGUEROA, escudero
Un CRIADO
CLARA, viuda
Dos MOZOS de silla

ACTO PRIMERO

Salen don GARCÍA y don FÉLIX

FÉLIX:
¿Llegó la sobrina en fin?

GARCÍA:
En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafín.

FÉLIX:
¿Mas que hay nuevos sentimientos?

GARCÍA:
Apenas, Félix, la vi,
cuando posesión le di
de todos mis pensamientos.

FÉLIX:

¿Y la tía? ¿Qué? ¿Hay mudanza?

GARCÍA:

Su justo castigo tiene.
Quien el daño no previene,
acuse su confianza.
De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.
Si ser amada procura
Clara, si por mí se abrasa,
¿para qué trajo a su casa
tan soberana hermosura?
Si en la noche tenebrosa
sola en el cielo Dïana
sus cabellos tiende ufana,
parece su luz hermosa;
mas luego que resplandece
del sol el claro arrebol,
entre los rayos del sol
sepultada se obscurece.
Antes de ver a Leonor,
confieso que de su tía
daba luz al alma mía
el divino resplandor;
mas, Félix, después de vella,
Clara me ha de perdonar;
que era locura dejar
tanto sol por una estrella.

FÉLIX:

¿No es hermosa doña Clara?

GARCÍA:

¿Nunca la vistes?

FÉLIX:

Jamás.

GARCÍA:

A no serlo Leonor más,
el cetro sola gozará.

FÉLIX:

¡Infamaremos después
de mudables las mujeres!

GARCÍA:

El mudar los pareceres
con causa, de sabios es.
La mudanza es liviandad
cuando, sin nuevo accidente,
le da causa solamente
la propia facilidad.

FÉLIX:

Y al fin, ¿en qué estado está
el recién nacido amor?

GARCÍA:

Aun no le he dicho a Leonor
el cuidado que me da;
aunque si bastó el hablalla
con las lenguas de los ojos,
bien le dije mis enojos
con el modo de miralla.
Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,
según me miró, yo creo
que mi cuidado entendió

FÉLIX:

Tarde remediar podréis
ese fuego que os abrasa,
puesto que dentro de casa
el enemigo tenéis;
que habiendo de estar al lado
de doña Clara, Leonor,
¿cuándo podrá vuestro amor
dalle a entender su cuidado?
Y ya que para decir
vuestra pena halléis lugar,
¿cómo la habéis de obligar?
¿Cuándo la habéis de servir?
¿No os ha de entender su tía
la más oculta cautela,
si enamorada recela,
y si recelosa espía?

GARCÍA:

El ánimo no me quita
la dificultad mayor;
que un determinado amor
imposibles facilita.
¡Ojalá Leonor me quiera!
Que si mi afición la obliga
la misma nuestra enemiga
ha de ser nuestra tercera;
que si Clara con su amor
me da licencia de vella,
será el visitarla a ella
medio de ver a Leonor.
Y es forzoso que suceda,
o por arte o por fortuna,
que de mil veces, alguna
a solas hablarla pueda.
Y vos me habéis de ayudar
en una traza que intento.

FÉLIX:
Ley es vuestro pensamiento
que me obligo a ejecutar.

GARCÍA:
A Clara habéis de servir.

FÉLIX:
¿Para qué fin?

GARCÍA:
De mi amor
con tan gran competidor
la pretendo divertir;
que repartida y atenta
a diversas aficiones,
me dará más ocasiones
de hablar a quien me atormenta;
que son ardides de Marte
divertir y enflaquecer
al contrario, con hacer
darle guerra de otra parte.

FÉLIX:
Sutil imaginación;
mas poco importante agora,
porque si Clara os adora,

¿qué sirve mi pretensión?

GARCÍA:

Félix, cuando no mudéis
su pensamiento amoroso,
por lo menos, ¿no es forzoso
que a resistir la obliguéis?

FÉLIX:

Sí.

GARCÍA:

Pues mi intento consigo;
porque puesta entre los dos,
mientras riñere con vos,
dejará de hablar conmigo,
y yo entre tanto podré
hablar a mi prenda cara.
Demás de que viendo Clara
que me guardáis poca fe,
a truco de que no advierta
yo a lo que los dos habláis,
mientras de amor la tratáis,
se holgará que me divierta,
hablando a doña Leonor.

FÉLIX:

Trocará un daño a otro daño.

GARCÍA:

Y para dar a este engaño
mayor fuerza y más valor,
fingiréis...

Hablan en secreto. Sale REDONDO y habla a don GARCÍA

REDONDO:

Si la ocasión
nunca vuelve que se pasa,
señor, sola quede en casa
el dueño de tu afición;
que en este punto su tía
en su coche sola fue.

GARCÍA:

Félix, después os veré.

FÉLIX:

Yo os buscaré, don García.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

LEONOR:

Dime lo que te ha pasado
con el criado, Mencía.

MENCÍA:

Memorias de don García
pienso que te dan cuidado.

LEONOR:

Si he de decirte verdad,
este cuidado que ves,
aún no determino si es
amor o curiosidad;
que es cuidado sólo sé.
Di ¿Qué te ha dicho, Mencía?

MENCÍA:

De su dueño y de tu tía
toda la plática fue.
Contóme que su señor,
de tu tía enamorado...

LEONOR:

Detente; que mi cuidado
ya conozco que es amor.

MENCÍA:

Pues ¿en qué?

LEONOR:

Apenas de ti
escuché que de mi tía
es amante don García,
cuando en el alma sentí
un envidioso dolor
y una celosa fatiga.
Y los celos son, amiga,
humo del fuego de amor.

MENCÍA:

De esa suerte, el desengaño
será provechoso agora,
porque al principio, señora,
mejor se remedia el daño.

LEONOR:
Prosigue pues.

MENCÍA:
Todo para,
porque abrevie tu dolor,
en que se tienen amor
don García y doña Clara.

LEONOR:
¡Mal haya!...

MENCÍA:
Señora mía,
¿es ésta tu condición?
Tu indomable corazón,
¿es el mismo que solía?

LEONOR:
Déjame.

MENCÍA:
Todo se muda.
En un punto te agradó,
y otro en muchos años no.
Más vale a quien Dios ayuda.
Mas, señora, don García.

Salen don GARCÍA y REDONDO

GARCÍA:
La criada me entretén.

REDONDO:
¡Ojalá estribe tu bien
en deslumbrar a Mencía!

GARCÍA:
Si es cierto que el mal o el bien
al rostro sale, señora,
excusado será agora,

cuando en vos mis ojos ven
tanta hermosura, pediros
que de decirme os sirváis
¿Cómo en la corte os halláis?

LEONOR:
Buena estoy para serviros.
Mas, señor...

Don GARCÍA y doña LEONOR hablan aparte

REDONDO:
Oye, Mencía.
¿Qué te parece Madrid?

LEONOR:
Perdonadme, y advertid
que no está en casa mi tía.

GARCÍA:
Eso os debiera advertir
la ocasión con que ha venido
quien ha buscado advertido
esta ocasión de venir.
No ha sido, señora, acaso;
que a buscar viene mi amor
remedio en vuestro favor
del volcán en que me abraso.

LEONOR:
(¡Qué desdicha! Con mi tía *Aparte*
quiere que tercie por él.)
Si doña Clara es crüel,
yérralo por vida mía.
Mas para seros tercera,
ni soy vieja ni soy sabia.

GARCÍA:
La mayor belleza agravia
quien no os ama por primera.
¿Luego pudístes, Leonor,
pensar de mi tal locura,
que viendo vuestra hermosura,
solicitase otro amor?
No, señora; no me dio
sangre tan bárbaro pecho,

ni el sol, tan lejos del techo,
en que yo nací, pasó.
Vuestro es el favor que pido.
En vos vive mi cuidado,
tan dulcemente abrasado,
cuan justamente rendido;
que naturaleza os hizo...

LEONOR:

Tened; que os vais atreviendo.
Y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.
¿Por ventura, don García.
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
a la sobrina y la tía?

GARCÍA:

Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tía por la sobrina.

LEONOR:

Mal uso.

GARCÍA:

No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasión.

LEONOR:

¿Cómo puede ser razón
mudarse?

GARCÍA:

Por mejorarse.

LEONOR:

Pues la ley de la firmeza
¿a qué obliga o cuándo alcanza,
si hace justa la mudanza
el mejorar la belleza?
Que ser firme, no es querer
firme el más hermoso amor;
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?

Firme es quien hace desprecio
de otra ocasión más dichosa.

GARCÍA:

Confieso, Leonor hermosa,
que ése es firme, pero es necio.

LEONOR:

¿Luego en quien fuere discreto
no hay que poner confianza,
si disculpa la mudanza
el mejorar el sujeto?

GARCÍA:

Claro está.

LEONOR:

Pues siendo así,
y que os tengo, don García,
por cuerdo, y dejáis mi tía
por mejoraros en mí,
perdóneme vuestro amor;
que a resistir me prevengo,
hasta que sepa si tengo
otra sobrina mejor.

Vanse LEONOR y MENCÍA

GARCÍA:

¿Cómo puede otra belleza
a la que adoro exceder
si en la vuestra su poder
excedió naturaleza?
Decid que es mi desventura
y no temer mi mudanza;
que siempre la confianza
es mayor que la hermosura.

REDONDO:

¿A solas estás hablando?
Mal te ha tratado Leonor,
porque el picado, señor,
siempre queda barajando.

GARCÍA:

No sé si perdí o gané;

sólo sé que en su agudeza,
también como en su belleza,
prisiones del alma hallé;
que es por un mismo nivel
bella y sabia.

REDONDO:

¡Linda cosa!

Porque si es boba la hermosa,
Es de teñido papel
una bien formada flor,
que de lejos vista agrada,
y cerca no vale nada
porque le falta el olor.

Vanse. Salen el MARQUÉS, OTAVIO y un CRIADO

MARQUÉS:

¿Es posible? ¿Vos, Otavio,
en Madrid sin avisarme?
o sé cómo podréis darme
satisfacción de este agravio.

OTAVIO:

Prometo a vueseñoría,
señor Marqués, que he venido
tan intratable, que ha sido
no avisarle, cortesía.

MARQUÉS:

¿Tenéis algunos disgustos?

OTAVIO:

Y tales, que la pasión
me enloquece.

MARQUÉS:

Agora son
mis sentimientos más justos.
Penas, Otavio, pasáis,
¡y no las partís conmigo!
O vos no sois ya mi amigo,
o que yo lo soy dudáis.

OTAVIO:

¿Qué me faltaba, a poder

aliviar mis penas vos?
¿Hemos de partir los dos
el rigor de una mujer?

MARQUÉS:

Pensé que vuestro cuidado
causaban cosas de honor.
¿En Madrid os tiene amor
tan triste y desesperado?
¿Qué bien se ve que venís
al uso de Andalucía,
donde viven todavía
las finezas de Amadís!
Acá se ha visto mejor;
más aprovecho se quiere;
no sólo nadie no muere,
pero ni enferma de amor.
Aquí las fuentes hermosas
vierten licor, que bebido,
es el agua del olvido
contra fiebres amorosas;
y como hallan los dolientes
de amor tan gran mejoría
en ellas, va cada día
Madrid haciendo más fuentes.
No, Otavio, no quiera Dios
que siendo un amigo vuestro
en esta ciencia maestro,
estéis ignorante vos.
Haz, Leonardo, aderezar
apósito para Otavío.

OTAVIO:

Señor...

MARQUÉS:

El mayor agravio
que me hacéis es replicar.

OTAVIO:

Besaros quiero los pies.

MARQUÉS:

No penséis que me he olvidado,
por años que hayan pasado
y varios casos después,

de que en Sevilla los dos
fuimos un alma y un ser.
Demás de esto, quiero ver
si puedo, Otavio, con vos
que os divertáis, con traeros
a mi lado entretenido;
que alguna vez han podido
más que amor los consejeros.

OTAVIO:
Según serviros deseo,
no lo dudo. Mas ¿quién es
esta señora, Marqués,
que sale de Atocha?

MARQUÉS:
Creo
que es doña Clara de Luna.
Sí.

OTAVIO:
¡Buen talle y buena cara!

MARQUÉS:
Pues puede hacer doña Clara
dichosa cualquier fortuna;
que, además de lo que veis
de hermosura y gallardía,
es rica y parienta mía.

OTAVIO:
Con eso la encarecéis.

MARQUÉS:
¿Estáis soltero?

OTAVIO:
Señor,
libre hasta agora viví,
si puede decirlo así
quien vive esclavo de amor.

MARQUÉS:
Pues advertid lo que os quiero.
Mirad bien a mi parienta;
que si la viuda os contenta,

yo seré el casamentero.

Sale doña CLARA, en hábito de viuda, con manto;
acompaña la FIGUEROA, y síguela don FÉLIX

FÉLIX:

¿Saber quién sois no merece
quien sin saberlo, señora,
lo que en vos conoce adora,
y por lo que ve padece?

CLARA:

¡Tanto amor tan brevemente!

FÉLIX:

Brevedad o dilación,
señora, accidentes son
según es la causa agente.
Con sus templados ardores
¿hace el sol en un instante
lo que Júpiter Tonante
con sus rayos vengadores?
¿Acaba tan brevemente
su largo curso la nave
llevada de aura süave
como de cierzo valiente?
Del cielo precipitada,
¿llega en término tan breve
al suelo una pluma breve
como una piedra pesada?
Pues si entre humanos sugetos
sois vos milagro, mi bien,
¿por qué no han de ser también
milagros vuestros efectos?

CLARA:

¿Que en fin es cierto, señor,
tanto amor?

FÉLIX:

No es más verdad
tener el sol claridad,
que ser inmenso mi amor.

CLARA:

Según eso, ¿por mí haréis,

caballero, lo que os pida?

FÉLIX:

Aunque me pidáis la vida.

CLARA:

Pues yo os pido que os quedéis.

Vase con FIGUEROA

FÉLIX:

Cogióme. ¿Qué puedo hacer?
Inhumana ley me ha puesto.
Seguiréla; que es en esto
Fineza no obedecer.

Vase

MARQUÉS:

¿Qué decís?

OTAVIO:

De cerca mata,
Marqués, si de lejos hiere.
Olvidaré, si pudiere,
con su hermosura, a mi ingrata.

MARQUÉS:

Siendo así, yo quiero ser
de estas bodas el tercero.

OTAVIO:

Visitémosla primero,
si os parece, para ver
de las cosas el estado,
porque el fin no me avergüence;
que el que acomete y no vence
queda feo y desairado.

MARQUÉS:

Bien decís. Quiero serviros.
Conmigo a su casa iréis;
que cuando no os concertéis,
servirá de divertirlos.

Vanse. Salen doña LEONOR y MENCÍA

MENCÍA:

Si él mismo vino a rogarte,
cuando es tu mal tan crüel
que tú has de buscarlo a él
en dejando él de buscarte,
¿para qué es la dilación?
¿De qué sirve resistir
a lo antiguo, sino asir
del copete la Ocasión?

LEONOR:

Pues dime tú. ¿Hay diferencia
de rogar una mujer
con su favor, a no hacer
al que ruega resistencia?
La que su favor no niega
al primer atrevimiento,
muestra su liviano intento
tan bien como la que ruega.
Y más cuando no ignorar
que ha tanto que don García
trata amores con mi tía,
más me obliga a recatar.

Salen doña CLARA y FIGUEROA

CLARA:

¿Al fin me perdió?

FIGUEROA:

De suerte,
cuando en San Felipe entraste,
en la gente te ocultaste,
que fue forzoso perderte.
Volvió a buscar el cochero;
mas poco remedio halló;
que también se le escapó.

CLARA:

Líbreme de un majadero.

Vase FIGUEROA

MENCÍA:

Doña Clara.

CLARA:

Mi Leonor,
¿Cómo te sientes? ¿Estás
descansada ya? ¿Querrás
ver hoy la Calle Mayor?

LEONOR:

Cuando quieras; que el viaje
sólo me pudo cansar
lo que tardaba en llegar
a tan dichoso hospedaje.
Hoy veré la maravilla
que celebras por otava.

CLARA:

Hoy en tu memoria acaba
la Alameda de Sevilla.

LEONOR:

¡Calle Mayor; ¿Tan grande es
que iguala a su nombre y fama?

CLARA:

Diréte por qué se llama
la Calle Mayor.

LEONOR:

Di pues.

CLARA:

Filipo es el rey mayor,
Madrid su corte, y en ella
la mayor y la más bella
calle, la Calle Mayor.
Luego ha sido justa ley
la Calle Mayor llamar
a la mayor del lugar
que aposenta al mayor Rey.

LEONOR:

Bien probaste tu intención.

Sale REDONDO

REDONDO:

Ya que a tal tiempo llegué,
con tu licencia diré
también mi interpretación.

CLARA:
Dila.

REDONDO:
La Calle Mayor
pienso que se ha de llamar,
porque en ella ha de callar
del más pequeño al mayor;
porque hay arpías rapantes,
que apenas un hombre ha hablado,
cuando ya lo han condenado
a tocas, cintas y guantes;
Y un texto antiguo se halla
que dijo por esta calle,
"Calle en que es bien que se calle;
que no medra quien no calla."

CLARA:
¡Buen disparate!

REDONDO:
Por tal
lo he dicho yo. No lo ignoro,
ni quiero pasar por oro
lo que es humilde metal.
Mas tu lenguaje condeno,
y es justo que se retrate,
porque si fue disparate,
¿cómo lo llamaste bueno?
La mayor dicha consigo
que algún quejoso ha alcanzado,
pues llevo a ver celebrado
el disparate que digo.
Desdichados y dichosos,
no los hace merecer,
pues hemos venido a ver
disparates venturosos.
Oye el ejemplo que pinto.
Comedia vi yo, llamada
de los sabios extremada
y rendir la vida al quinto;
y vi en otra, que a millares

los disparates tenía,
reñir al quinceno día
con Jarava por lugares;
y sus parciales, vencidos
de la fuerza de razón,
decir, "Disparates son;
pero son entretenidos."
Representante afamado
has visto por sólo errar
una sílaba, quedar
a silbos mosqueteado;
y luego acudir verías
esta cuaresma pasada
contenta y alborotada
al corral cuarenta días
Toda la corte, y estar
muy quedos papando muecas,
viendo bailar dos muñecas
y oyendo un viejo graznar,
y esto tuvo tal hechizo
de ventura, que dio fin
el cuitado volatín,
que en vano milagros hizo.
Y así el más cuerdo no trate
por merecer, de alcanzar,
pues nombre le ha visto dar
de bueno a mi disparate.
No lo dije por sutil;
mas porque gloria me diese,
cuando a la risa rompíes
las prisiones de marfil;
que ésta es la paga mayor
que quiero, por avisarte
de que viene a visitarte
don García, mi señor.

CLARA:

¿De cuándo acá me envió
a prevenir don García?

REDONDO:

No envió, señora mía;
mas llegué delante yo,
porque esta nueva te diese;
que pues que yo siempre voy
delante de él, quise que hoy

de este provecho me fuese.

Salen don GARCÍA y don FÉLIX. Hablan
los dos aparte

GARCÍA:
Está el engaño mejor
en fingir que me engañáis.

FÉLIX:
Difícil cargo me dais.

GARCÍA:
¿Y cuál es?

FÉLIX:
Fingir amor.
(Mas ¿no es ésta por quien muero? *Aparte*
¡Vive Dios que me ha traído
a ser amante fingido
de quien lo soy verdadero!)

CLARA:
(Este necio ¿qué porfía? *Aparte*
¿Tan poco me ha aprovechado
el haberme hoy escapado
de sus ojos?)

GARCÍA:
Clara mía...

FÉLIX:
(Mía dijo.) *Aparte*

GARCÍA:
No extrañéis
que no me recate aquí;
que la mitad es de mí
el caballero que veis.
Don Félix, mi caro amigo
--que así con razón le llamo--
ha sido desde que os amo,
de mis secretos testigo;
y una precisa ocasión,
que él mismo os dirá, señora,
es causa de hacer agora

lo que siempre fue razón.
Escuchalde, y estimad
los intentos que sabréis;
que para que lo estiméis
es lo menos mi amistad;
Porque en diciendo quién es,
no ha menester su opinión
otra recomendación.

FÉLIX:
Nada me queda, después
de decir que vuestro soy,
con que pueda honrarme más.

CLARA:
Por las nuevas que me das,
Mil gracias, señor, te doy;
que es gran dicha una amistad
de un tan noble caballero.
(Con esto obligarle quiero *Aparte*
a que le guarde lealtad.)

GARCÍA:
En secreto pues le oíd,
mientras yo, Clara divina,
pregunto a vuestra sobrina
cómo se halla en Madrid.

CLARA:
No me privéis de la gloria
de que vos presente estéis.

GARCÍA:
Del mismo caso veréis
que así conviene a la historia.

CLARA:
Si él es engaño, es discreto.

A los criados

Dejadnos solos.

REDONDO:
Mencía,
Redondo te desafía

para el corredor.

MENCÍA:

Aceto.

Vanse REDONDO y MENCÍA. Quedan don GARCÍA,
hablando con LEONOR; y FÉLIX con doña CLARA

GARCÍA:

Escuchad lo que ha sabido
Amor trazar y fingir.

FÉLIX:

Hasta el fin me habéis de oír;
sólo esta merced os pido.
La casa de los Manriques,
tan principal como antigua,
me dio el nombre que me ilustra
y la sangre que me anima.
Tres mil ducados de renta
en juros de buena finca,
si no me dan altas pompas,
me dan descansada vida.
Hoy don García de Lara,
mi amigo, me dio noticia
de las soberanas partes
de vuestra hermosa sobrina.
Pedíle, pues que con vos
él tan justamente priva,
me trajese a visitarla,
y de tercero me sirva
para que en dulce himeneo
gozándola yo, de envidia,
si a las damas su hermosura,
a los galanes mi dicha.
Con vos me ha dejado solo
para que esto solo os diga;
y él se ha apartado a decir
lo mismo a vuestra sobrina.
Mas advertid, Clara hermosa,
a lo que el amor obliga.
Todo este intento es engaño,
y este deseo mentira.
La verdad es... ¡Ay, señora!
no os enojéis que os diga
que vos sois el blanco solo

adonde mis ojos miran;
que aunque os escondistes hoy,
vuestras partes peregrinas,
como sus rayos al sol,
os descubren y publican.
Y así he trazado por veros
cómo el mismo don García,
sin entender sus ofensas,
encaminase mis dichas.

CLARA:

Callad.

FÉLIX:

Señora...

CLARA:

Callad.

¿Vois sois Manrique? Es mentira;
que no cometen bajezas
los que tienen sangre altiva.
¿A mí me tenéis amor,
y amistad a don García?
¡Qué traidor!

FÉLIX:

¡Qué enamorado!

CLARA:

¡Qué locura!

FÉLIX:

¡Qué desdicha!

CLARA:

Mudad, Félix, pensamiento
de tan injusta conquista.
Pase esta vez por locura
vuestra intención atrevida.
Y para disimularla...

Dale un papel

las partes de mi sobrina
contiene ese memorial.
Pasad por ellas la vista;

porque yo, mientras leéis,
me sosiegue, y las mejillas
cobren la color que tienen
con el enojo perdida.
Y vos, por ventura hagáis
cierta la intención fingida;
que si os agrada, os prometo
seros tercera en albricias.

Lee don FÉLIX el papel

LEONOR:
¿Qué decís?

GARCÍA:
Esto es verdad.
sólo para divertirla
de mi amor, hago a don Félix
que la enamore y le diga
que para engañarme a mí
me finge que solicita
ser tu esposo, y me ha pedido
que de intercesor le sirva.
Tanto puede tu hermosura,
tanto mi amor imagina,
por poder hablarte a solas
sin que sus celos lo impidan.

CLARA:
(¡Bueno es esto! ¡Con qué veras, *Aparte*
con qué entrañas tan sencillas
está por quien más le ofende,
terciando con mi sobrina!)

GARCÍA:
¡Qué ingrata sois! ¿No merece
un favor tan firme amor?

LEONOR:
Luego, ¿quien no da favor,
es cierto que no agradece?

GARCÍA:
¿No es claro?

LEONOR:

No; que es indicio
de amar el favorecer,
y se puede agradecer
sin amar, el beneficio.
Yo agradezco vuestro amor.
Obligáisme, no lo niego;
mas al agua pedís fuego,
si a mí me pedís favor.

GARCÍA:
¿Ni esperanza?

LEONOR:
La esperanza
no os la puedo yo quitar.

GARCÍA:
No; mas podéismela dar.

LEONOR:
El que no espera no alcanza.
No os la doy; mas ¿qué perdéis
en tenerla?

GARCÍA:
Mucho gano.
Mas ya, dueño soberano,
que ni esperanza me deis,
sólo una cosa, Leonor,
os pido que por mí hagáis,
y porque la prometáis,
advierto que no es favor.

LEONOR:
Pues con esa condición,
hablad.

GARCÍA:
Temiendo, señora,
que no siempre como agora
de hablaros tendré ocasión;
y más si da en sospechar

Clara mi nuevo dolor
--que éste es discreto temor,
pues no sabe amor callar--

quiero asentar, Leonor bella,
una seña entre los dos,
para entenderme con vos,
hablando siempre con ella.

LEONOR:

¿Y eso es no pedir favor?

GARCÍA:

Esto es pedir os un medio,
ya que no me dais remedio
para aliviar mi dolor.

LEONOR:

Pues decidme, don García,
¿qué más favor que escuchar?

GARCÍA:

Favor, señora, es amar;
y escuchar es cortesía.
El nombre de ingrata os doy,
si esta merced me negáis.

LEONOR:

Ahora, porque no digáis
que en todo tirana soy,
va de seña, don García.

GARCÍA:

Cuando hablare sin sombrero
es que a ti decirte quiero
lo que le digo a tu tía.
y cubierto, hablo con ella.
Y porque tú, sí gustares,
me respondas; lo que hablares
cubriendo esa boca bella
con guante, abanico o toca,
por ella decirlo quieres;
y por ti lo que dijeres
sin poner nada en la boca.

LEONOR:

Ya te entiendo. Descubrirte
es señal que hablas conmigo;
y cuando lo que yo digo
por mí, quisiere decirte,

descubrir la boca yo.

GARCÍA:

Sola esta regla llevamos.
Descubiertos nos hablamos
los dos, y cubiertos no.

CLARA:

¿Qué os parece?

FÉLIX:

Que enamora
la relación.

CLARA:

Emplead
en ella la voluntad.

FÉLIX:

Lo dicho, dicho, señora.

CLARA:

No me toquéis más en eso.
Don García...

GARCÍA:

Clara hermosa...

CLARA:

Basta ya; que estar celosa
de mi sobrina os confieso.

GARCÍA:

Bien pudiera la hermosura
daros celos de Leonor,
si ya la vuestra y mi amor
no os tuvieran tan segura.
Mi tardanza no os espante;
que no pude en tiempo breve
batir con balas de nieve
un castillo de diamante.

CLARA:

Pues con tan justa demanda,
Leonor ¿su gusto no mide?

GARCÍA:

Resiste aunque no despide,
y escucha aunque no se ablanda;
mas con el tiempo, y con ver
que es firme y es verdadero
quien la pretende, yo espero
que mudará parecer.

FÉLIX:

Y más si interviene en ello
quien merece lo que vos.

GARCÍA:

Yo moriré, vive Dios,
Félix, o saldré con ello.

CLARA:

Esta sí que es amistad.

LEONOR:

(Bien con su intento conviene.) *Aparte*

Sale FIGUEROA

FIGUEROA:

El Marqués tu primo viene
A visitarte.

CLARA:

Crueldad
es tener obligaciones,
que han de interrumpir los gustos.

GARCÍA:

(¡Qué presto, celos injustos, *Aparte*
dais a mí amor turbaciones!)
La visita recibid;
que yo...

CLARA:

No os vais, don García.

GARCÍA:

No estorbar es cortesía
al Marqués; mas advertid
a estas palabras que os digo

Quítase el sombrero
descubierta la cabeza,
humilde a vuestra belleza.

LEONOR:
(Aquesto es hablar conmigo.) *Aparte*

GARCÍA:
Para que la mano os dé,
falta sólo que queráis;
si de pagarme dejáis
por poner duda en mi fe,
ya cesa con lo que os digo.
no os pongan inconvenientes,
dueño hermoso, los parientes,
si habéis de vivir conmigo.

CLARA:
El ser yo vuestra, García,
¿cuándo ha quedado por mí?
¿De qué nace hablarme así?
Poniéndose el abanico en la boca

LEONOR:
Yo sé muy bien que mi tía
sólo ser vuestra concerta.

GARCÍA:
¿Rebozada lo decís?
¿Mas que no lo repetís
con la cara descubierta?

LEONOR:
(Ya se abrasa el alma mía.) *Aparte*

Quítase el abanico de la boca
Pues si en eso se repara,
también sin cubrir la cara
digo que os paga mi tía.

GARCÍA:
Eso sí. (Ya en mi favor *Aparte*
se ha declarado.)

FIGUEROA:
El Marqués

entra.

GARCÍA:

Adiós.

Vase

CLARA:

Vedme después,
y os satisfaré, señor.

FÉLIX:

Clara, adiós; y a mi cuidado
os mostrad menos crüel.

Vase

CLARA:

Vos os mostrad más fiel,
y menos enamorado.

Vase FIGUEROA. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:

Hermosa Clara...

CLARA:

¿Esos pies
honran mi casa? ¿Qué es esto?
Toquen a milagro presto;
que vino a verme el Marqués.

MARQUÉS:

Que toquen podéis hacer
a milagro cuando os veo;
que quien llega a veros, creo
que un milagro llega a ver.

CLARA:

¿Lisonjas? Ved que me agravio.

MARQUÉS:

Verdades que merecéis
os digo, y vos lo sabéis;
pero conoced a Otavio,
mi huésped, a parienta mía,

que mi estrecho amigo fue
desde que niño pisé
los campos de Andalucía.

OTAVIO:

Un esclavo vuestro soy.

CLARA:

Yo veré que me estimáis,
Otavio, sí me mandáis.

MARQUÉS:

Absorto mirando estoy
este serafín humano.
¿Quién es mujer tan divina?

CLARA:

Doña Leonor, mí sobrina,
hija de don Juan, mi hermano,
que murió en Sevilla, y soy
su albacea, y curadora
de su hacienda.

MARQUÉS:

A vos, señora,
el justo pésame doy
de su muerte; mas al cielo
mil gracias hago por ella,
pues por ella, Leonor bella,
os ve el cortesano suelo.
Mi deuda sois. Bien podéis
darme segura los brazos.

Abrázale

LEONOR:

Vuestra soy.

MARQUÉS:

¡Qué dulces lazos!

OTAVIO:

Si por deudo merecéis
alcanzarlos, yo los pido
también como vos, Marqués,
pues ser de una patria es

por parentesco tenido.
Vos seáis muy bien venida.

LEONOR:
Para serviros.

MARQUÉS:
(¡Qué honesta! *Aparte*
¡Qué hermosa, grave y compuesta!
A Venus miro vencida,
miro a la naturaleza
ufana de conocer
su no igualado poder
en tan desigual belleza.)

CLARA:
Divertido se ha el Marqués.

LEONOR:
(Mucho me mira.) *Aparte*

OTAVIO:
Es exceso,
porque ni es señor en eso,
ni suele ser descortés.

LEONOR:
(Algún pensamiento ha sido *Aparte*
quien le arrebató.)

CLARA:
¿Es enfado,
señor Marqués, o cuidado,
el que os tiene divertido?
Ved que corriéndome voy
de que nos tratéis así.

MARQUÉS:
¿Que me he divertido?

CLARA:
Sí.

MARQUÉS:
(Pues enamorado estoy.) *Aparte*
Perdonadme; que un cuidado

me asaltó con tal violencia,
que sin hallar resistencia,
toda el alma me ha ocupado.
Mas, señora, yo os prometo,
si declararos pudiera
la causa, que os pareciera
pequeño el mayor efeto.

CLARA:

¿Son de amor tales enojos?

Doña CLARA habla aparte al MARQUÉS

Que miráis mucho a Leonor.

LEONOR:

(Amor me tiene, si Amor *Aparte*
hace lenguas de los ojos.)

MARQUÉS:

No es el Amor quien causó
tales efectos en mí;
negocios del honor sí.

LEONOR:

(Mi sospecha me engañó.) *Aparte*

Hablan aparte don OCTAVIO y el MARQUÉS

OTAVIO:

Decid, Marqués, vuestras penas,
y ved si son de provecho
el corazón de mi pecho
y la sangre de mis venas.
¿Cuidado tenéis de honor
sin decírmelo?

MARQUÉS:

¡Ay Otavio!

Con arte disfraza el labio
los sentimientos de amor.
Leonor es quien me da enojos;
y temiendo que su tía
si entiende la pena mía
me la quite de los ojos,

y porque ignoro el estado
de las cosas, lo negué.

OTAVIO:

Esa prevención más fue
de cuerdo que enamorado.

MARQUÉS:

Despediréme, sin dar
indicios de mi afición,
hasta mejor ocasión.

CLARA:

¿Quién pudiera remediar,
Marqués, vuestro sentimiento?

MARQUÉS:

Imaginación tan fiera
los pensamientos altera
y turba el entendimiento;
que he de partirme al instante,
librando para otro día
un negocio que venía
a trataros, importante.

CLARA:

Siempre vos tratáis de honrarme.

MARQUÉS:

Vos seáis, bella Leonor,
muy bien venida.

LEONOR:

Señor,
a serviros.

MARQUÉS:

A mandarme,
pues voy sin alma.

OTAVIO:

¿Sois vos
quien del amor se reía?

MARQUÉS:

¡Ay Otavio! No creía

hasta agora que era dios.

Vanse

ACTO SEGUNDO

Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:

¿Cómo os va de sentimientos?

OTAVIO:

El sol vuestra compañía
por quien la noche sombría
huye de mis pensamientos.

MARQUÉS:

¿Haos venido a la memoria
esta noche doña Clara?

OTAVIO:

Es a la luz de su cara
nube mi pasada historia.
Y así me siento en estado,
que me alegrará el favor
de Clara; mas el rigor
no me dará gran cuidado.

MARQUÉS:

¡Qué dicha!

OTAVIO:

¿Envidiáisme?

MARQUÉS:

Sí;
que tanto llevo a penar,
que a todos puedo envidiar,
si todos la causa a mí;
que este mi nuevo cuidado
me trata con tal rigor,
que en una noche de amor
siglos de infierno he pasado.

Encontrados pareceres
han dado a mis pensamientos
esperanza en los tormentos,
y, temor en los placeres.
¡Ay, más que el sol, ojos claros!
¡Si a lo que miro y adoro
igualase lo que ignoro!

OTAVIO:

Lo que puedo aseguraros
es que la virtud jamas
vio su igual Andalucía.

MARQUÉS:

Pues con eso será mía.
Yo, Otavio no quiero más,
pues me iguala en calidad.

OTAVIO:

Pues ¿casareis con ella?

MARQUÉS:

Y ¡ojalá que Leonor bella
pague así mi voluntad!

OTAVIO:

¿Es pobre?

MARQUÉS:

¡Al cielo pluguiera
que lo fuese con exceso,
para que mi amor con eso
más esperanza tuviera!
En mis estados poseo
de renta, desempeñados,
más de veinte mil ducados.
Pues con esto, a mi deseo,
¿qué cosa darle pudiera
el cielo, que más me cuadre,
que a mis hijos noble madre,
y a mí dulce compañera?

OTAVIO:

Pues si casaros queréis,
pedilda; que al punto creo
que logréis vuestro deseo,

pues venturosa la hacéis.

MARQUÉS:

¡Qué poco sabéis de amor!
¿Vos sois el que, enamorado,
decís que habéis conquistado
tantos años un favor?

Quien por el contrato empieza,
se priva, Otavio, del bien
de contrastar un desdén,
de vencer una esquivaza.

Como en la taza penada
crece el gusto a la bebida,
es la gloria más crecida
cuanto fue más deseada.

El jugador, cuando aspira
a ver la carta, ¿no halla
más gusto en brujulealla
que si de priesa la mira?

El cazador ¿no pudiera,
a costa de precio breve,
alcanzar la garza leve,
coger la liebre ligera;

Y con el perro y halcón
se fatiga por más gloria,
estimando la victoria
en más que la posesión?

Pues dejadme conquistar
por amor la hermosa fiera,
que casándome pudiera
tan fácilmente alcanzar.

Dejad que, aunque esté en mi mano
el remediar mis enojos,
en las cartas de sus ojos
brujulee el bien que gano.

Dejadme que solenice
el amor que en ella nace,
los favores que me hace,

los requiebros que me dice;

que la posesión, pensad
que no es la gloria mayor;
que el amor conquista amor,
la voluntad, voluntad.

Demás de que no es razón
que, aunque esté determinado,
muestre en caso tan pesado
liviana resolución.

Ni debo tan satisfecho
pensar que querrá Leonor.
¿Qué sé yo sí ajeno amor
ocupa su hermoso pecho?

Y si fío en mi grandeza,
como a mí, ¿no puede ser
que a otro de igual poder
haya preso su belleza?

Y al fin antes de intentar
empresas tan peligrosas,
tomar el pulso a las cosas
es no quererlas errar.

OTAVIO:

No os puedo negar que es ésa,
Marqués, cordura mayor;
mas yo no pensé que amor
os daba tan poca priesa.

MARQUÉS:

Otavio, no lo entendéis.
Esta cordura es locura,
y porque amor me apresura,
voy con el tiento que veis;
que cuanto más la jornada
quiere el que parte abreviar,
tanto más se ha de informar
del camino en la posada;
que es muy necio desatiento,
con peligro de perderse
partir, por no detenerse
a preguntar un momento.

OTAVIO:

¿Qué es esto? ¿Entramos a vella?

MARQUÉS:

A Clara he de visitar,
con ocasión de tratar
vuestros intentos con ella,
hasta poder de los míos
dar cuenta a doña Leonor.

OTAVIO:

Padre es de industrias Amor.

MARQUÉS:

Y también de desvaríos.

OTAVIO:

En el corredor está
sola Leonor.

MARQUÉS:

¡Qué ventura!

OTAVIO:

Yo me voy. La coyuntura
gozad, que Fortuna os da;
que a solas vuestros amores
más bien podrán alcanzar,
porque suelen estorbar
los testigos los favores.

MARQUÉS:

Sois discreto. (Ayuda, Amor, Aparte
los intentos que me has dado.)

Vase don OTAVIO. Sale doña LEONOR,
hablando con algún criado que está dentro

LEONOR:

¿Sin avisar ha llegado
el Marqués al corredor?

MARQUÉS:

Yo tuve, señora mía,
la culpa.

LEONOR:

Pues perdonad,
señor, y licencia dad
para que avise a mi tía.

MARQUÉS:

Dame tú, Leonor, licencia
para poderte negar
la licencia de privar
mis ojos de tu presencia;
y más cuando en la paciencia
no cabe tanta pasión,
porque viendo la ocasión
de decirte mi tormento,
revienta ya el sentimiento
la presa del corazón.
No quiero decirte aquí
mi mucho amor, ángel bello,
pues basta para sabello
sólo saber que te vi;
no decirte que ya en ti
fundo todos mis intentos,
mis glorias y mis tormentos,
pues sabes tú estas verdades;
que no ignoran las deidades
los humanos pensamientos.
No quiero, señora mía,
pedir que paga me des;
que es bajeza el interés,
la esperanza grosería;
sólo merecer querría
licencia para quererte;
porque estimo de tal suerte
tus altas prendas, Leonor,
que se contenta mi amor
no más de con no ofenderte.

LEONOR:

Señor Marqués, sólo puedo,
a lo que oyéndoos estoy,
responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo;
porque ya que no os concedo
la licencia para amar,
deciros quién soy, es dar

a vuestro amor a entender,
a qué se puede extender
la que vos podéis tomar.

MARQUÉS:

Ese oráculo explicad;
que sus misterios ignoro.
¿He excedido yo el decoro
que debo a vuestra deidad?
¿Por qué alegáis calidad
a quien amor os alega,
cuando no sólo no os niega
mi fe culto verdadero,
mas tanto más os venero
cuanto más amor me ciega?

LEONOR:

Quien ostenta calidad
a quien le trata de amor,
al amor opone honor,
y al deseo honestidad.
Con esto licencia dad
para avisar a mi tía.

MARQUÉS:

Esperad, señora mía.
¿Cómo es posible que siendo
vos el fuego en que me enciendo,
quien me abrasa esté tan fría?

Sale doña CLARA

CLARA:

¿Qué es esto?

LEONOR:

(¡Ay triste!) *Aparte*

CLARA:

Leonor,
recógete a tu aposento.

Vase LEONOR

MARQUÉS:

Parienta...

CLARA:

En el alma siento
que me lo llaméis, señor;
porque estuviera mejor
este agravio disculpado,
si hubiérades ignorado
mi calidad; pero ya
¿qué disculpa me dará
quien saberla ha confesado?
Si parienta me llamáis,
¿cómo el obrar no lo muestra?
Cómo, si soy sangre vuestra,
mi deshonor procuráis?
¿Mi sobrina requebráis,
cuyo honor está a mi cuenta,
a excusas más? Mi afrenta
bien claro de esto se arguye;
que de testigos no huye
quien justos hechos intenta.

MARQUÉS:

Ello está muy bien reñido;
mas fuera bien haber dado,
como un oído al pecado,
a la disculpa otro oído.
¿Qué tanto delito ha sido,
hallando sola a Leonor,
solicitarla de amor,
si estando a solas, sospecho
que fuera el no haberlo hecho
cortedad y disfavor?

CLARA:

En vano aplicar queréis
a la ocasión el suceso,
cuando contra vos en eso
tantos indicios tenéis;
si no es que ya os olvidéis
de que ayer, testigo yo,
Leonor os arrebató
el alma toda en despojos;
que confesaron los ojos
lo que la lengua negó.
Y así, Marqués, perdonad.
Y pues a mi casa a honrarme

no venis, el visitarme
de aquí adelante excusad.
Y si vuestra voluntad
violentare el ciego dios,
sólo os quiero, entre los dos,
por despedida avisar
que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos.

Vase

MARQUÉS:

"¡Que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos!"

Por una senda las dos
corren a un mismo lugar;
que el ídolo en cuyo altar
ardiente víctima quedo,
dijo también, "Sólo puedo
a lo que oyendo os estoy,
responderos que yo soy
doña Leonor de Toledo."

Ambas con un mismo intento
claro me dan a entender
que sólo puedo tener
remedio en el casamiento.
No cupo en mi pensamiento,
Leonor, otro fin jamás;
que si porque pobre estás,
y yo rico, no lo esperas,
¡ojalá más pobre fueras
para que yo hiciera más!

Sale OTAVIO

OTAVIO:

¿Salió en favor la sentencia,
Marqués?

MARQUÉS:

¡Ay, amigo Otavio!
Gusto saco del agravio,
favor de la resistencia.

OTAVIO:

Enigmas son.

MARQUÉS:

Con prudencia,
modestia y severidad,
oyendo mi voluntad,
sólo la hermosa Leonor,
negándome otro favor,
me acordó su calidad.
Pues esto, Otavio, si creo
a la esperanza, ¿no es
decir que aunque soy marqués,
es su mano igual empleo?
Y esto ¿no es lo que deseo?

OTAVIO:

Pues ¿qué falta?

MARQUÉS:

Solamente
con recato diligente
examinar su opinión;
que es bajeza y no afición
pasar este inconveniente.
Argos seré de su vida,
sombra de su cuerpo hermoso.
En caso tan peligroso
recuerde el alma dormida.
O se muestre o se despida
de su calle el sol dorado,
la rondará mi cuidado;
porque el noble, si es prudente,
es celoso pretendiente
y cuidadoso casado.

Vanse. Salen don GARCIA y don FÉLIX

GARCÍA:

Con esta resolución
va el papel.

FÉLIX:

Bien habéis hecho;
que no puede hacer provecho
en esto la dilación,
pues en llegando a entender
vuestro engaño doña Clara,

ver más a Leonor la cara
imposible os ha de ser.

GARCÍA:

Por eso quiero abreviar,
Félix; que tener intento
acabado el casamiento
cuando empiece a sospechar.

FÉLIX:

(El medio de dos extremos *Aparte*
en eso sólo consiste.)

Sale REDONDO, con un papel

GARCÍA:

Pues, Redondo, ¿vienes triste?
¿Qué tenemos?

REDONDO:

No tenemos.

GARCÍA:

¿Es respuesta?

REDONDO:

Bien pudiera
responder lo que un criado
a quien su dueño a un recado
mandó que a caballo fuera,
y el señor, tras esperallo
lo bastante, preguntó,
"¿Vienes? ¡hola!" Y respondió,
"No hallo el freno del caballo."
Mas agora es bien que huya
la pieza del gracejar,
porque no se ha de mezclar
con el réquien la aleluya.

GARCÍA:

Di pues.

REDONDO:

Yo estaba en espía
para dar éste a Leonor...
--¡Mal haya quien tiene amor

a mujer que tiene tía!--
¿Nunca has visto cuando yerra
la vaca por monte y prado,
no apartársela del lado
un momento la becerra?
Pues mucho menos desvía
de sí Clara a tu Leonor.
¡Dichoso Adán, que su amor
gozó sin suegra ni tía!

GARCÍA:
Cuenta lo que ha sucedido.
No me atormentes.

REDONDO:
Señor,
cogíome en el corredor
tras un pilar escondido;
preguntóme lo que hacía,
recelosa, a lo que vi;
pero yo le respondí
que era amante de Mencía.

GARCÍA:
¿Y aseguróse?

REDONDO:
¿Quién sabe
la verdad del pensamiento?
Sólo mandó que al momento
para un negocio muy grave
la veas.

GARCÍA:
Ya de su amor
temo que es sólo su intento
dar priesa a su casamiento.

FÉLIX:
Yo tengo el mismo temor.

GARCÍA:
¿Qué excusa podrá valerme?

FÉLIX:
Entrad riñendo con ella

por celos.

GARCÍA:

Si a mi querella
responde con ofrecerme
mano de esposa al momento,
¿cómo he de huir la ocasión?

FÉLIX:

No aguardéis satisfacción.

GARCÍA:

Será dañoso a mi intento
enojarme, cuando quiero,
con capa de verla a ella,
ver la sevillana bella.

FÉLIX:

Mejor traza.

GARCÍA:

Ya la espero.

FÉLIX:

Fíngid que una liviandad
de ella os han dicho, y queréis,
antes que la mano deis,
averiguar la verdad.

GARCÍA:

Pues ¿de quién podrá fingir
celos que lleven color?

FÉLIX:

¿Qué ocasión queréis mejor
para poderlos pedir,
que el marqués Arnesto, a quien
vimos, y aun dimos lugar
para entrarla a visitar
ayer los dos?

GARCÍA:

Decís bien.

FÉLIX:

¿He de acompañaros?

GARCÍA:

Vella

a solas después podéis,
porque mejor confirméis,
hablando a solas con ella,
don Félix, mis fingimientos,
deponiendo por testigo.

FÉLIX:

Bien decís.

GARCÍA:

Adiós, amigo.

FÉLIX:

(Ayuda, Amor, sus intentos.) *Aparte*

Vase

REDONDO:

¿Qué de hacer de este papel?

GARCÍA:

Entra conmigo, y procura
para darlo coyuntura;
que está mi remedio en él.

REDONDO:

Tú verás la industria mía.

GARCÍA:

Ya ves que importa al efeto
el recato y el secreto.

REDONDO:

De mí, señor, te confía;
que no hay del Ganges al Istro
sirviendo de mí cuidado.
Más secreto y recatado
seré que un recién ministro.

GARCÍA:

¡Extraño capricho!

REDONDO:

¿Extraño?
¿Pues hay parca inexorable
más cruel, más intratable,
que un ministro el primer año?

GARCÍA:
Con silencio hemos de entrar.
Por dicha hallará mi amor
en parte a doña Leonor
que a solas la pueda hablar.

Vanse don GARCÍA y REDONDO por una puerta y salen por otra.
Sale doña CLARA, y salen los dos, sin verlos ella

REDONDO:
Clara está en la sala.

GARCÍA:
¿Harálo
mi suerte un tiempo mejor?

REDONDO:
Siempre se topa, señor,
primero en el dedo malo.

GARCÍA:
Pues escucha un pensamiento;
que a Leonor puedes con él
entrarle a dar el papel
hasta el último aposento.

REDONDO:
Di pues.

Hablan los dos bajo

CLARA:
Si eres dios, Amor,
piadoso a mi bien te inclina.
Permite la medicina,
pues que causaste el dolor.
Haz que fin dichoso dé
don García a mi esperanza.
No me quite su mudanza
lo que me ha dado mi fe.

Habla REDONDO aparte a don GARCÍA

REDONDO:

¡Extremado pensamiento!
Manos a la ejecución;
Que hoy seré Griego Sinón.

Fíngese enojado don GARCÍA,
y saca la daga contra REDONDO

GARCÍA:

¿Hay mayor atrevimiento?
¡Pícaro desvergonzado!

REDONDO:

¡Ay de mí!

Éntrase huyendo

CLARA:

Señor, tened.

GARCÍA:

Atrevido, agradeced
que os entrastes en sagrado.

CLARA:

¡Bien de mí pensamiento!...

GARCÍA:

Cierra, engañosa, los traidores labios;
que como el fuego crece con el viento,
aumentan tus caricias mis agravios.
¿Qué falso cocodrilo,
qué sirena fingida
halaga así para quitar la vida?

CLARA:

¿Qué es esto?

GARCÍA:

¿Qué preguntas?
En vano te dispones
a negar, enemiga, tus traiciones.
ya sé que te he perdido,
por más que cautamente

hayas favorecido
al Marqués, que tú llamas tu pariente.
Y no me has engañado;
que más es que pariente el que es amado.

CLARA:

Escucha. ¿Por qué así te precipitas,
y tus sospechas vanas y ligeras
tan fácil acreditas?
¿Por qué no consideras
que en este mismo techo
otra ocasión se esconde suficiente
a sujetar el corazón valiente
del más armado pecho?
Si el amarme te ha hecho
pensar que sola yo de amor tirano
puedo mover la poderosa mano,
acuérdate que ha puesto
el cielo soberano
en el mirar honesto
de Leonor, mi sobrina,
más que humano poder, virtud divina
por ella vive preso
en afición ardiente
el Marqués mi pariente.

GARCÍA:

¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

CLARA:

Digo que pierde por Leonor el seso,
y que la vez primera
que la vio, de repente arrebatado
en su beldad, quedó tan transformado,
que aunque negar quisiera
sus ardientes enojos,
los dijo el alma a voces por los ojos.

GARCÍA:

(¿Qué es lo que escucho, cielos?) *Aparte*

CLARA:

¿Parécete invención?

GARCÍA:

(Rabio de celos.) *Aparte*

CLARA:

Aun hoy, para que creas
que te digo verdad, los he cogido
hablando a solas.

GARCÍA:

Calla.

CLARA:

Porque veas
que en nada te he mentado,
ella misma lo diga.
¡Leonor!

GARCÍA:

(¡Ay desdichado!) *Aparte*

Sale doña LEONOR

LEONOR:

¿Llamas?

CLARA:

¿Qué te ha pasado
con el Marqués? Acaba, dílo presto;
que duda don García
por ti y por él de la firmeza mía.

LEONOR:

(¿Yo misma contra mí seré testigo?) *Aparte*

CLARA:

¿Qué dudas?

LEONOR:

Ya lo digo.
Hoy el Marqués a visitarte entraba;
y encontrando conmigo,
Que sola acaso el corredor pasaba,
entre tiernas razones
comenzó a encarecerme sus pasiones.

CLARA:

¿Estás ya satisfecho?

GARCÍA:

Estoy de celos abrasado el pecho;

(Quítase el sombrero, hablando con doña CLARA)

que cuanto más pretendes
satisfacerme, tanto más me ofendes.
¿Qué sacas de engañarme?

LEONOR:

(A mí endereza agora sus saetas.) *Aparte*

GARCÍA:

¿Por qué, crüel, para tan gran caída
quisiste levantarme?
Quitárasme la vida
antes, ingrata, que un favor me dieras.
Primero que me oyeras,
de fiero tigre hircano
muerte me diera la sangrienta mano.
Quédate, falsa...

CLARA:

Espera.

GARCÍA:

¿Qué tiene que esperar quien desespera?
¿Qué ha de hacer a tus ojos
quien ya les causa enojos?
No viva en tu presencia
quien murió en tu memoria.
goce el Marqués en paz de tanta gloria.

CLARA:

Vuelve.

LEONOR:

Espera.

CLARA:

Ya falta la paciencia.
Escucha. O no te entiendo o no me entiendes.
¿De la satisfacción misma te ofendes?

(Tiénelo LEONOR)

LEONOR:

¿Qué culpa, don García,
del amor del Marqués tiene mi tía?

GARCÍA:

Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?
¡Qué presto has aprendido
el trato de Madrid, falso y fingido!
¿Quién creyera que dama tan hermosa
y de tan pocos años,
iguale a sus minutos sus engaños?

LEONOR:

(Él nos destruye agora.) *Aparte*

GARCÍA:

¡Plega a Dios, que de flecha vengadora,
con furia disparada
de la valiente mano
del ciego Amor tirano,
la nieve de tu pecho atravesada,
encuentres quien contigo
finja, como has fingido tú conmigo!

Vase. Sale REDONDO, que vuelve

REDONDO:

A todos, vive Dios, ha emparejado,
con todos ha reñido.

CLARA:

Tú la ocasión has sido
de este incendio, enemiga;
que el haber tú dudado
en decir la verdad, la causa ha dado
a que él sospeche que invención ha sido,
y en mí tu necia dilación castiga.

LEONOR:

¡Eso sí!, imita al toro embravecido;
el que la vara te tiró, se escapa.
Véngate agora en mí, que soy la capa.
¿No basta que me obligues
a que excediendo el orden de mi estado,
por dar satisfacción a don García,
haya arriesgado yo la opinión mía;

sino que, ingrata, agora me castigues
porque tardé en decir lo que pluguiera
al santo cielo que callado hubiera?

CLARA:

¿Pues qué opinión te quita
que el Marqués te pretenda?

LEONOR:

¿No me arriesgo a que entienda
quien sepa que el Marqués me solicita,
que liviandades mías
han dado la ocasión a sus porfías?

CLARA:

¡Qué livianos temores te acobardan!
Bien se ve que mis penas,
Leonor, son para ti del todo ajenas.
No te vayas; que quiero a don García
escribir un papel.

REDONDO:

Por Dios, señora,
que dudo que en mi pecho haya osadía
para dárselo agora,
cuando ves que contigo
se parte, de celoso, tan airado,
que arrojan sus enojos
mil volcanes de llamas por los ojos;
y viste agora que también conmigo
ciego y arrebatado,
me libró de su furia tu sagrado.

CLARA:

Bien dices.

REDONDO:

¿Qué procuras?
Satisfacerle?

CLARA:

Sí.

REDONDO:

Dame licencia,
si de mi fe por dicha te aseguras,

para darte un consejo.

CLARA:

En la dolencia
sólo aspira el enfermo a verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.

REDONDO:

Pues no le escribas tú; que temo agora
que la llama voraz de sus enojos
haga ceniza tu papel, señora,
antes que en él llegue a poner los ojos,
no le den tus solícitos amores
materia a más venganzas y rigores.
Deja que el tiempo su furor quebrante.
Toma ejemplo en la fragua;
que cuando el fuego en ella está pujante,
Le aumenta fuerza el agua.
Escríbale primero tu sobrina,
y sus satisfacciones poco a poco
procuren aplacar el furor loco;
que en buena medicina,
cuando un humor nocivo predomina,
para purgarlo, sabes
que lo disponen antes con jarabes.

CLARA:

Redondo dice bien. Sobrina mía,
escribe a don García.
Dale satisfacción, haz estas paces.

LEONOR:

De mil maneras haces
que salga de la esfera de mi estado;
mas al fin me conduce a obedecerte
la lástima que tengo a tu cuidado.
Voy a escribir.

REDONDO:

(¡Qué bien que lo he trazado!) *Aparte*

CLARA:

Haz cuenta que me libras de la muerte,
Leonor, según me veo.

LEONOR:

Tú me ruegas lo mismo que deseo.

Vase

CLARA:

Redondo, yo confieso que me has hecho
gran bien; que tal consejo en tal estrecho,
sólo de tu agudeza nacer pudo.

REDONDO:

Yo me llamo Redondo, y soy agudo.

Vanse REDONDO y doña CLARA. Salen el
MARQUÉS y RICARDO

RICARDO:

A la puerta se apartó
don Félix, y don García,
a fuer de medrosa espía,
con lentos pasos entró,
a todas partes mirando,
con un criado, de quien
fía su mal y su bien,
en puridad platicando.
Subió al fin; pero muy presto
de la visita salió,
y a lo que me pareció,
de enojado, descompuesto.
Quedóse dentro el criado,
y vino a salir después
más de hora y medía. Esto es
lo que he visto y ha pasado
mientras estuve en espía.

MARQUÉS:

¿Ayer don García, y hoy
don García? Loco estoy.
¿Cada día don García?
¡Malo! Entrar con pasos lentos,
salir presto y enojado,
quedarse dentro el criado...
de muerte sois, pensamientos.

RICARDO:

Advierte que don García,
supuesto que amante sea,

aún no sabes si desea
a la sobrina o la tía.
¿Por qué das rienda al dolor,
y tan presto desconfías?

MARQUÉS:

Ricardo, en venturas mías
siempre es cierto lo peor.

RICARDO:

El prudente prevenido
espera el peor suceso;
pero, señor, no por eso
lo ha de dar por sucedido.
Prevén al mal la paciencia,
sin desesperar, señor;
que es el morir de temor
más flaqueza que prudencia.
Haz primero información
de la verdad de su intento;
no pierdas el sentimiento,
ignorando la ocasión.

MARQUÉS:

¡Qué bien dices! En efeto,
Ricardo, para un señor
el consejero mejor
es un criado discreto.

RICARDO:

Por eso te considero
de tantos buenos servido;
mas detente; que ha venido
a buen tiempo el escudero
de Clara. Por sí te engañas,
comienza tu información
por él.

MARQUÉS:

¿Dirálo?

RICARDO:

Si son
las que deben ser sus mañas,
nada te podrá callar;
Y más si en el corazón

le pusieres un doblón
al tiempo de preguntar.

MARQUÉS:
Llámalo pues.

RICARDO:
¡Camarada!

Sale FIGUEROA

RICARDO:
Bien dicen que la ventura
huye de quien la procura,
y busca sin ser buscada.

FIGUEROA:
¿Por qué lo decís?

RICARDO:
Desea
el Marqués saber de vos
cierta cosa, entre los dos,
y no dudéis de que sea
si gusto le sabéis dar,
mucho el bien que os ha de hacer.

FIGUEROA:
El más largo prometer
no iguala al más corto dar.
Mas puesto que es el Marqués
tan gran señor, será justo
que estime yo el darle gusto,
por el mayor interés.

RICARDO:
Llegad, pues; que ya os espera.

FIGUEROA:
Humilde a vuestro mandado
tenéis señor, un criado;
y ¡ojalá que fuerza hubiera
para serviros en mí!

MARQUÉS:
Cúbrase, por vida mía.

FIGUEROA:

Perdone vueseñoría,
que yo estoy muy bien así.

MARQUÉS:

Por mí vida lo ha de hacer.

Cúbrese FIGUEROA

FIGUEROA:

Ya es forzoso. ¡Qué honradores
son los tan grandes señores!

RICARDO:

(Y más cuando han menester.) *Aparte*

MARQUÉS:

Dígame agora su nombre.

FIGUEROA:

Figueroa.

RICARDO:

(¡Una miseria! *Aparte*
es de la casa de Feria.)

MARQUÉS:

Ése es sólo un sobrenombre.

FIGUEROA:

No han de ser desvanecidos
los pobres; que es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.
Aun con sólo un nombre, veo
que no me dejan vivir,
y hay quien ha dado en decir
que sin razón lo poseo;
mas procuren de mil modos
los malsines murmurar;
que por Dios que al acostar
estamos desquitos todos.

MARQUÉS:

Vos, en fin, ¿sois Figueroa?

FIGUEROA:
Por lo menos me lo llamo.

MARQUÉS:
Deudos somos.

FIGUEROA:
Ser mi amo
vos, será mi mayor loa.

MARQUÉS:
Digo que sois mí pariente,
y que se os echa de ver,
porque vuestro proceder
dice quién sois claramente.

RICARDO:
(¡Qué bien le obliga!) *Aparte*

MARQUÉS:
Por Dios,
que saberlo me ha alegrado;
pues con eso mi cuidado
os toca también a vos.
Pues si sois deudo también
de doña Clara, su afrenta
tomaréis a vuestra cuenta
como yo.

FIGUEROA:
Decís muy bien.

MARQUÉS:
Pues escuchad, si os agrada;
que está en riesgo nuestro honor.

FIGUEROA:
¡Qué cosa para mi humor!
¿En riesgo el honor? ¿No es nada?
Decid.

Pónense a hablar bajo los tres. Salen don
GARCÍA y REDONDO

REDONDO:

Detener no puedo
la risa, señor. Salió
alborotada; mas yo,
poniendo en la boca el dedo,
la sosegué, y advertir
pudo en un punto mi intento;
que es de ángel su entendimiento
y entiende sin discurrir.
Saqué el papel...

GARCÍA:
¿Lo leyó?

REDONDO:
Ponte un grado más atrás.

GARCÍA:
¿Cómo?

REDONDO:
¿No preguntarás
antes, si lo recibió?

GARCÍA:
Eso está claro.

REDONDO:
Decirlo
puedes; que está bien patente.
Pues te digo claramente
que no quiso recibirlo.

GARCÍA:
¿Que no quiso?

REDONDO:
Señor, no.

GARCÍA:
¿Qué escucho! ¿Y sabes por qué?

REDONDO:
La causa, yo no la sé;
sé que no lo recibió;
y estando en esta porfía,
sobre si es justo o no es justo

dar a tu fe tal disgusto,
la empezó a llamar su tía.
Salí después que te fuiste,
y hubo entre ellas gran cuestión
sobre cuál fue la ocasión
del enojo que tuviste.
Resolvióse al fin la tía
en escribirte un papel;
yo le dije que con él
tu furor aumentaría,
y que era bien que Leonor
satisfaciendo lo hiciera;
que negocia una tercera
con un celoso mejor.
Cuadróles mí parecer;
y Leonor, tras resistir
un rato, se entró a escribir,
y doña Clara a leer
lo que Leonor escribía.
Y así no tuvo ocasión
de rezar por su intención;
que todo fue por su tía.
No me dieron el papel;
que nuestra invención creyeron,
y a enviar se resolvieron
un escudero con él.
Salí, y apenas los pies
puse en la calle ligero,
cuando en un zaguán frontero
vi un criado del Marqués,
que con recato espiaba
disimulando y temiendo;
y cuando entramos, entiendo
que el mismo puesto ocupaba.

GARCÍA:
No digas más.

REDONDO:
¿No diré
lo que con él me pasó?

GARCÍA:
¿Qué pasó?

REDONDO:

Que él me miró,
Y yo también le miré.
Pasé arrogante la calle.
Capa y espada prevengo,
y como él no me habló, vengo,
y véngome sin hablalle.

GARCÍA:
¡Qué gran hazaña!

REDONDO:
¿Sería
cordura trabar pendencia
en tal calle?

GARCÍA:
Esa prudencia
la debo a tu cobardía.
¡Ay de mí! Yo soy perdido.
¿Efímera fue, Leonor,
en tu corazón mi amor?
¿Hoy murió, de ayer nacido?
¿Fue contra el cierzo violento
flor que de nacer acaba?
¡Qué tierno tu amor estaba,
pues lo llevó el primer viento!
Al primer indicio leve
del amor del Marqués, luego,
¡trocaste la nieve en fuego,
y el fuego trocaste en nieve!
¿No es éste el Marqués? Desvía.

REDONDO:
Sí, señor.

GARCÍA:
Hablarle quiero.

REDONDO:
¿He de ser el "Míra Nero,
o él de nada se dolía?"

GARCÍA:
Eres muy cuerdo.

REDONDO:

Respondo
que soy Redondo; y quisiera
que por mí no se dijera
esto de "Cayó redondo."

MARQUÉS:
Id con Dios.

(Vase FIGUEROA)

El escudero
se rindió a la vanidad.

RICARDO:
Si va a decir la verdad
yo sospecho que al dinero.

MARQUÉS:
El redimió el alma mía
de mil celosos engaños.

RICARDO:
En fin, ¿dice que ha dos años
que ama a Clara don García?

MARQUÉS:
Sí.

RICARDO:
¿Y que su dueño gallardo,
la bella doña Leonor,
ni tiene amante ni amor
hasta agora?

MARQUÉS:
Sí, Ricardo.

RICARDO:
Ya habrás visto de ese modo
cuán malo es anticipar
la pena y desesperar,
sin informarse de todo.

MARQUÉS:
Tanto, Ricardo, que espero
que en el mismo don García,

que por el contrario tenía,
he de tener compañero;
que haremos, enamorados
los dos de Clara y Leonor,
para esta guerra de amor,
liga de nuestros cuidados.

RICARDO:
Él viene.

MARQUÉS:
Yo le he de hablar.

GARCÍA:
Señor Marqués.

MARQUÉS:
Don García.

GARCÍA:
En busca vuestra venía;
que tenemos que tratar
cierto caso entre los dos.

MARQUÉS:
Huélgome; que también vengo
a buscaros, porque tengo
otro negocio con vos.

GARCÍA:
Redondo, déjanos solos.

REDONDO:
Harélo con mucho agrado;
que temo morir birlado,
ya que Dios nos hizo bolos.

Vase REDONDO

MARQUÉS:
Déjanos solos, Ricardo.

RICARDO:
¿Dónde te veré después?

MARQUÉS:

En palacio.

Vase RICARDO

GARCÍA:

Va, Marqués,
vuestros intentos aguardo.

MARQUÉS:

Yo os suplico, don García,
que los vuestros me digáis.

GARCÍA:

En esto, si no empezáis,
consumiremos el día.

MARQUÉS:

Porque vuestro gusto intento,
me determino a empezar;
pues cuanto tardo en hablar,
tanto os quito de contento.

Sabed, noble don García,
que la libertad lozana
el nunca domado orgullo,
la juvenil arrogancia
con que pisé tantos años
del Amor ciego las armas,
envidia de los galanes
y cuidado de las damas,
rindieron ya la cerviz
a la sujeción tirana
de una pena que me aplice
y de un placer que me mata
vi los dos divinos ojos
de la hermosa sevillana
doña Leonor de Toledo.
Vilos al fin, esto basta;
que pues que vos habéis visto
su belleza soberana,
conoceréis los efectos
por el poder de la causa.
Apenas rompió mi pecho
la flecha de Amor dorada,
cuando los celos se entraron
por la misma herida al alma;

que dos veces, Lara ilustre,
os vi entrar a visitarla
conociendo vuestras partes,
su hermosura y mi desgracia;
pero los piadosos cielos,
condolidos de mis ansias,
con un desengaño breve
serenaron la borrasca,
pues con saber que ha dos años
que servís a doña Clara,
vengo a tener por amigo
al que enemigo juzgaba.
Ya sabéis que es deuda mía.
Pues vos entráis en su casa,
y en ella están las dos prendas
de nuestras dos esperanzas,
ayudémonos. Dé al otro
cada cual lo que le falta,
y démonos dos a dos
esta amorosa batalla.
Terciad por mí, don García,
con Leonor; que mi palabra
os doy de hacer cuanto pueda
porque os dé la mano Clara.

GARCÍA:

Por la merced que me hacéis
os beso, Marqués, las plantas
y para servirla ofrezco
cuanto pueda y cuanto valga;
mas escuchad el intento
y el fin para que os buscaba,
y a la vuestra servirá
de respuesta mi demanda.
Cierto caballero noble,
que la deidad idolatra
de Leonor, y a dulces bodas
anima sus esperanzas;
teniendo ciertos indicios
de vuestra amorosa llama,
temeroso justamente
de competencia tan alta,
por mí os suplica, Marqués,
que la antigüedad le valga,
y la honrosa pretensión,
pues de ser su esposo trata;

supuesto que aunque Leonor
tiene calidad tan clara,
por ser escudera y pobre,
vos no querréis levantarla
al tálamo suntuoso
que más feliz dueño aguarda,
y con ilícitos fines
debéis de solicitarla.
Éste es el caso, Marqués;
y yo le di la palabra
de ayudarle. Noble soy.
Mirad si puedo quebrarla.
Serviros es imposible;
engañaros vil hazaña.
Esto os respondo; que vos
respondáis es lo que falta.

MARQUÉS:

¿Puede saberse quién es
ese amante?

GARCÍA:

La palabra
del secreto me pidió.

MARQUÉS:

Si se la distes, guardadla.

GARCÍA:

¿Qué respondéis?

MARQUÉS:

Desistir
de intenciones declaradas
no pienso que suele dar
a los nobles alabanza,
y más cuando quien lo pide
encubre de mí la cara,
con que ni a la cortesía
ni a la amistad debo nada.
Alegarme antigüedad
para obligarme, no basta;
porque esa en la posesión
vale, mas no en la esperanza;
porque ajenas pretensiones
con razón puede estorbarlas,

no el que primero pretende,
mas el que primero alcanza.
Decir que el querrer casarse
hace justa su demanda,
porque yo a ilícitos fines
debo de solicitarla,
ése es mucho adivinar.
Y a doña Leonor agravia
quien piense que yo no debo
para mi esposa estimarla.

GARCÍA:
¿Qué decís?

MARQUÉS:
Será mi esposa;
y lo fuera, si gozara,
como un título poseo,
de la corona de España.

GARCÍA:
(Perdido soy.) *Aparte*

MARQUÉS:
Don García,
de colores la mudanza
en vuestra cara, denota
turbaciones en el alma.
Parece que hacen en vos
sentimientos mis palabras,
mayores que los que suelen
obrar las ajenas causas.

GARCÍA:
Marqués, las causas ajenas,
el que es noble, o no se encarga
de ellas, o tiene por propia
su ventura o su desgracia.

MARQUÉS:
Correspondéis a quien sois;
mas pues las partes contrarias
hacéis con doña Leonor;
y son ella y doña Clara
mis deudas; y sois galán,
y ellas dos hermosas damas,

con que pueden ofender
vuestras visitas su fama;
desde este momento son
los umbrales de su casa
vedados a vuestros pies,
y a los ojos las ventanas.

GARCÍA:

Doña Clara es viuda, y es
señora de sí, y se trata
casamiento entre los dos.

MARQUÉS:

Tratadlo sin visitarla.

GARCÍA:

No sois deuda tan cercano
vos, que os obligue su guarda.

MARQUÉS:

A todos toca el remedio;
que a todos toca la infamia,
y son padres de sus deudos
los señores de las casas.
Pero cuando no, advertid
que ya lo he intentado, y basta
para empeñarme y correr
por mi cuenta la venganza.

GARCÍA: Habéis de advertir, Marqués,
que si sois marqués, soy Lara,
que como yo tenéis vida,
y yo como vos espada.

Vanse

ACTO TERCERO

Sale don FÉLIX, teniendo a don GARCÍA

GARCÍA:

Soltad.

FÉLIX:

No iréis, vive Dios.

GARCÍA:

¿He de mostrar cobardía
al Marqués?

FÉLIX:

Yo, don García,
tengo de morir con vos;
mas si el fin de resolveros
es no perder la beldad
de Leonor, ¿no es necedad
perdella más con perderos?

GARCÍA:

¿Indicios de cobardía,
siendo quien soy, he de dar?

FÉLIX:

Esto no es sino guñar
bien las cosas, don García.
Tracemos cómo Leonor
dé efecto a vuestra esperanza;
que ésa es la mayor venganza
y el verdadero valor;
pues si su bien le quitáis,
dos fines conseguiréis.
Mostrar que no lo teméis,
y gozar de quien amáis.
El que llevare a Leonor,
ése vence. En eso topa
porque el que guarda la ropa,
sólo es el buen nadador.

GARCÍA:

En vano buscáis remedios;
que el venirnos a encontrar
es fuerza, si he de pasar
a los fines por los medios.
Sin visitarla, sin verla,
sin servilla y sin hablarla,
¿cómo puedo yo obligarla?
¿Cómo llegar a vencerla?

FÉLIX:

¿No tenéis amigos fieles?

¿No hay mensajeros discretos?
¿No hay medianeros secretos?
¿No hay recados? ¿No hay papeles?
¿No hay disfraces? ¿No hay espías?
¿No hay noches? ¿No hay a deshora
hablar a vuestra señora,
sin temáticas porfías?
Buscar el inconveniente
es notorio desvarío.
En el más pequeño río
no hay vado como la puente.
El Marqués es poderoso;
vos no, aunque tan caballero.
De vuestro valiente acero
confieso el valor fatnoso;
y era ofensa declarada
el quereros impedir,
si fuera cierto el reñir
cuerpo a cuerpo en la estacada.
No digo yo que ha de hacer
el Marqués superchería,
ni es razón; pero podría
querer usar del poder;
que puede al fin un señor,
desvanecido en su alteza,
dar título de grandeza
a lo que ha sido temor.
Y aunque es fuerza confesaros
que vuestra nobleza es
tal, que no puede el Marqués
con razón supeditaros;
lo que en estado os excede
y os aventaja en hacienda,
basta para que pretenda
darnos a entender que puede.
Y así arrojaros es loca
intención, mientras no es tanta
el agua, que a la garganta
pida paso por la boca.
Si no podéis de otro modo
con Leonor comunicaros,
ahí será el determinaros
y el aventurarlo todo.

GARCÍA:

En tanto que la honra mía

no peligro, seguiré
vuestro consejo.

FÉLIX:
A mi fe
fiad vuestro honor, García.

GARCÍA:
Trazad pues cómo a Leonor
pueda yo ver.

FÉLIX:
¿Un papel
no os escribió?

GARCÍA:
Sí.

FÉLIX:
Y en él,
¿qué estado muestra su amor?

GARCÍA:
Satisfacciones me envía.

Dale un papel

Leedlo, con advertencia
de que lo escribió en presencia
de doña Clara su tía.

Lee

FÉLIX:
"Mucho siento verme con vuestra
merced tan mal acreditada, que
no basten satisfacciones más
a celos mal fundados. Aseguróle
que si le engañara, le desengañara.
Mi tía es y ha de ser de vuestra
merced, y remite la prueba de sus
verdades a las obras. Y si con
esto prosigue vuestra merced su
enojo, será cierto que no se
retira por celar, sino que cela
por retirarse. Y me holgara de

verlo, para decirle muchas más verdades sin rebozo."

GARCÍA:

Esa palabra declara
que cuanto me escribe aquí,
lo dice Leonor por sí,
hablando de doña Clara,
conforme a la oculta seña
entre los dos concertada.

FÉLIX:

De esa suerte declarada,
resolución os enseña,
pues dice que es y ha de ser
vuestra.

GARCÍA:

Sí.

FÉLIX:

Discretamente
sabe decir lo que siente.

GARCÍA:

Agudeza fue poner
En el billete la seña,
sin desdecir la razón.

FÉLIX:

Hermosura y discreción
ablandarán una peña.

GARCÍA:

Esto supuesto, ¿qué haré?

FÉLIX:

¿Qué falta, si ya Leonor
ha declarado su amor,
sino que la mano os dé?

GARCÍA:

¿Eso que no es nada?

FÉLIX:

Pues

si ella está ya declarada,
ejecutarlo no es nada.

GARCÍA:

¡Ay don Félix! Lo más es;
que en cosas tan de importancia,
desde la resolución
a la misma ejecución,
es muy grande la distancia;
y más en una mujer
niña, doncella y honrada,
encogida y recatada,
a quien se le han de ofrecer
inmensos inconvenientes
con pensar que desafía
la enemistad de su tía
y el murmurar de las gentes.
Y aumenta el temor crüel
ver que no se resolvió
cuando ocasión se ofreció,
a recibir un papel.

FÉLIX:

Yo no os lo puedo negar;
mas también se ha de entender
que no hay de decir a hacer
más de un grado que pasar.
Ella ha dicho ya de sí.
Demos a la ejecución
tiempo, lugar y ocasión,
y probaremos así
las veras con que se abrasa.

GARCÍA:

Muy bien decís.

FÉLIX:

Yo daré
una traza, con que esté
sola con vos en su casa,
porque se ausente con vos,
si su palabra desea
cumplir, sin que el Marqués vea
a ninguno de los dos.

GARCÍA:

Ya de vos la vida espero.

FÉLIX:

En vuestro bien está el mío;
(Pues de esa suerte confío *Aparte*
alcanzar a la que quiero.)
En vuestra casa esperad
hasta que os avise.

GARCÍA:

Voy.

FÉLIX:

La prueba habéis de ver hoy
de mi ingenio y mi amistad.

Vanse. Salen doña LEONOR y
MENCÍA

MENCÍA:

Determinarte procura,
o ser feliz desconfía;
que nunca la cobardía
dio abrazos a la ventura.

LEONOR:

No sé cómo es la pasión
de que fatigar me veo,
que me animo en el deseo,
y tiemblo en la ejecución.
Siéntome abrasar por él,
y cuando lo veo, siento
que aún no tuvo atrevimiento
de recibir un papel.

MENCÍA:

Eso me tiene admirada.
Si dijiste a don García.
"Digo que os quiere mi tía,"
con la seña concertada,
que es decirle que lo quieres,
¿cómo tan cobarde estás
en lo demás, sí es lo más
declararse en las mujeres?

LEONOR:

Como las palabras son
tan ligeras, las envía
muy fácilmente, Mencía,
a la boca el corazón;
y más cuando no el intento
pronunciaron declaradas;
que les dio, el ir rebozadas
del engaño, atrevimiento.
"Digo que os quiere mi tía,"
dije; y pienso que si fuera
menester que le dijera,
"Yo os quiero," no lo diría.
Y no debes, siendo así,
admirar por cosa nueva
que a ejecutar no me atreva,
aunque a decir me atreví.
Mil veces ya me arrojaba
a recibir el papel,
y tantas la mano de él
casi abierta retiraba.
Ya del mismo portador
la vergüenza me oprimía;
ya de que alguien lo vería
me refrenaba el temor.
¿Pues qué, cuando el alma piensa
del pueblo las opiniones,
de los deudos los baldones,
de doña Clara la ofensa?
Allí es Troya. Allí el temor
corta a la esperanza el vuelo,
y llueven montes de hielo
sobre las llamas de amor.

MENCÍA:

Que lo olvides me holgaré;
que pienso que más ventura
guarda el cielo a tu hermosura.

LEONOR:

¿Por qué lo dices?

MENCÍA:

La fe
con que en amarte porfía
el Marqués, me hace esperar,
señora, que has de pasar

de merced a señoría.

LEONOR:
¡Qué locura!

MENCÍA:
La locura
es, siendo igual la nobleza,
entender que su grandeza
es digna de tu hermosura.

LEONOR:
En el príncipe más loco,
los impulsos de afición
centellas de rayo son.
Arden mucho y duran poco.
Y del Marqués, ni yo creo,
ni aunque él lo diga, imagines
que a justos y honestos fines
encamine su deseo.

MENCÍA:
Si Figueroa porfía
que lleva puesta la proa
en eso...

LEONOR:
¿De Figueroa
haces tú caso, Mencía?

MENCÍA:
Hace libros.

LEONOR:
El papel
echa a mal.

MENCÍA:
Pues por mil modos
dice en ellos mal de todos.

LEONOR:
Y todos de ellos y de él.

MENCÍA:
Pues él viene confiado...

Mas la que viene es tu tía.

Sale doña CLARA

CLARA:

Déjanos solas, Mencía.

MENCÍA:

(Entra en consejo de estado.) *Aparte*

Vase

CLARA:

Leonor, bien pienso que sabes
quién eres.

LEONOR:

Bien sé que fueron
Toledos y Figueroas
blasones de mis abuelos.

CLARA:

Las muchas obligaciones
entenderás, según eso,
que con la sangre heredaste
de tus pasados.

LEONOR:

Si entiendo.

CLARA:

Bien conocerás, sobrina,
con cuánto amor te deseo
buena fama y buena suerte.

LEONOR:

Sí conozco, y agradezco.

CLARA:

Luego bien creerás que puedes
fiar de mí tus secretos.

LEONOR:

Confiada estoy que en ti
es más la amistad que el deudo.

CLARA:

Pues no me niegues, amiga,
lo que preguntarte quiero,
si es que miras por tu honor,
y fías que haré lo mismo.

LEONOR:

Deja tantas prevenciones,
y declárate. (¿Qué es esto? *Aparte*
¿Si ha entendido sus agravios?)

CLARA:

No me espantaré que haciendo
siempre el Amor su morada
en los juveniles pechos,
en tus años florecientes
haya prendido su fuego.
No por cierto; que también
soy yo mujer, y amor tengo.
Dime pues, ¿qué lugar tienen
en tu afición los deseos
del Marqués?

LEONOR:

(¡Gracias a Dios, *Aparte*
que habemos llegado al puerto!)

CLARA:

Di: ¿qué esperanzas le has dado,
o qué favores le has hecho?
Y él contigo ¿qué fin lleva?
¿Qué designios o qué intentos
significan sus palabras
y pronostican sus hechos?
Háblame claro, sobrina;
que te va el honor en ello.

LEONOR:

Hay tan poco que decir,
que no haré nada en hacello.
Él dice que me pretende
para esposa; no lo creo;
y ni favor ni esperanza
le he dado. No hay más en esto.

CLARA:

Pues, sobrina de mis ojos,
mira por tus pensamientos;
que se obligan esperando,
y se cautivan creyendo.
Dase un reino a un rey extraño
con que le guarde sus fueros;
después que de él se apodera,
¿quién podrá obligarle a ello?
Prometiendo matrimonio
entra el amor en el pecho,
y aunque después no lo cumpla,
no hay para echarlo remedio.
Piensa que el Marqués te engaña,
y no lo querrás con eso;
que el que engaña ofende, y causa
la ofensa aborrecimiento.
Piensa que en sangre le igualas,
y aspira al tálamo honesto;
que el estado y la fortuna
no es ventaja entre los buenos.
Si es verdadero amor,
si casarse es su deseo,
tu esquividad y tu recato
darán más fuerza a su fuego;
y si engañarte pretende,
pruebe el rigor de tu pecho.
Darás lustre a tu nobleza
y castigo a sus intentos.

LEONOR:

Aunque estimo tus avisos,
casi corrida me siento
sospechando que imaginas
que yo necesito de ellos.
¿Qué indicios has visto en mí
de livianos pensamientos?
Que nacen más que de amor
tan cuidadosos consejos.

CLARA:

Ver que el Marqués multiplica
diligencias y paseos,
y examina tus criados
de tus dichos y tus hechos,
centinela de tu vida,
Argos de tus pensamientos;

como te tengo a mi cargo,
en tal cuidado me ha puesto.
Y más viendo que eres ave
tan poco experta en el vuelo,
y en la región de la corte
estrenas agora el viento.
Que como pocos señores
se ven en los otros pueblos,
corren las recién venidas
a la corte, mucho riesgo
de pensar que es calidad
que aumenta merecimientos,
un amante señoría.

LEONOR:

Discretos son tus recelos,
mas excusados conmigo.

CLARA:

Conozco tu entendimiento;
pero nunca hicieron daño,
aunque sobren, los consejos.

(Sale REDONDO, de mujer, rebozado)

CLARA:

Mas ¿quién es esta mujer?

(REDONDO da un papel a LEONOR sin decir palabra)

¡Hola! ¡Criados! ¿Qué es esto?
¿Billete le da a mis ojos?
¿Hay mayor atrevimiento?
¡Hola!

Sale MENCÍA

REDONDO:

Tente, no des voces.

Descúbrese

¿A una mujer tienes miedo?

CLARA:

¿Es Redondo?

REDONDO:
Soy Redondo.

CLARA:
¿Pues qué disfraces son éstos?

REDONDO:
¡Ah, señora! Mucho mal.
El mundo al revés se ha vuelto.

CLARA:
¿Cómo, Redondo?

REDONDO:
¿No ves
que ya los hombres son hombres?

CLARA:
Acaba, dime. ¿Por qué
en ese traje te has puesto?

REDONDO:
Porque el Marqués tu pariente
no sepa que a hablarte vengo;
porque sobre visitarte
ha tenido con mi dueño
palabras harto pesadas.

CLARA:
Él está loco de celos.
Mira el daño que el Marqués
con pretenderle me ha hecho,
pues que firme don García
en el primer pensamiento
de que soy el blanco yo
a quien miran sus deseos,
vino a encontrarse con él.

REDONDO:
(¡Bien entendéis el enredo!) *Aparte*

CLARA:
¿Y qué dice don García?

REDONDO:

Al pimpollo hermoso y tierno
de gallegos Figueroas
y castellanos Toledos
paga en éste su papel,
y a ti te pide que luego
yomes, señora, la silla,
y en el lugar más secreto
de San Sebastián lo aguardes
para contarte el suceso,
y resolver de estas cosas
el importante remedio.

CLARA:

¡Hola! ¡Apercibid los mozos

(Sale FIGUEROA)

de silla al punto. ¡Que en esto

Vase FIGUEROA

por ti, sobrina, me vea!

LEONOR:

Yo, tía, ¿qué culpa tengo?

CLARA:

En tanto que me dispongo
para salir, ve leyendo.

¡Hola!, el manto.

Vase MENCÍA. Abre el papel LEONOR

LEONOR:

(¿Si traerá *Aparte*
contraseña este decreto?)

Lee

"El papel de vuesa merced puse
descubierto sobre mi cabeza, y
con la misma reverencia respondo..."

(Bien está: la seña trae.) *Aparte*

CLARA:

¿Qué te detienes?

LEONOR:

No acierto;
que escribe mal don García.

REDONDO:

Es propio de caballeros.

Lee

LEONOR:

"Respondo que pues vuesa merced
dice, sin rebozo, que su tía
es y ha de ser mía, y no deseo
otra cosa, he trazado como hoy
se vea en la ejecución la verdad.
Y advierto que si hoy falta la
resolución, mañana faltará la
ocasión. Y guarde nuestro Señor,
etcétera."

CLARA:

¿Cómo, si está satisfecho,
celos al Marqués pidió?
¿Y cómo, si siempre yo
le di la mano y el pecho,
duda mi resolución,
y amenaza y desconfía?

REDONDO:

El amor temores cría
en la misma posesión.

Vuelve MENCÍA con el manto de su ama

MENCÍA:

La silla está apercebida.

CLARA:

Ve a avisar a tu señor
que ya parto. Adiós, Leonor.

LEONOR:

Prospera el cielo tu vida.

Doña LEONOR y REDONDO hablan aparte

REDONDO:

El cuerpo hurtaré a tu tía;
que te importa mucho oírme.

LEONOR:

¿No te vas?

REDONDO:

El despedirme
de un ángel me detenía.

Vanse doña CLARA, MENCÍA y REDONDO

LEONOR:

Tómalo entre el manjar y la bebida,
en vano sigue el fruto que cercano
el labio toca hambriento, y sigue en vano
el agua que a la sed huye y convida.
Mas yo de mis deseos combatida,
--¿Quién tal creyera?--en mal tan inhumano,
yo misma ¡ay triste! la medrosa mano
huyo del bien, al mismo bien asida.
Si de la vida pretendéis privarme,
temores y recatos, no es mi intento
sino ver declarada la vitoria.
Acabad de acabaros o acabarme;
que bien sabrá morir en el tormento
la que sabe privarse de la gloria.

Vase. Salen el MARQUÉS y OTAVIO

MARQUÉS:

Desde la tierna edad, Otavio, han sido
un alma nuestras almas, e igualmente
la amistad con los años ha crecido.
Yo pienso que sacárades, ausente
de mí, en defensa de mi honor la espada.

OTAVIO:

Hasta rendir la vida el pecho ardiente.

MARQUÉS:

Pues ya es, amigo, la ocasión llegada,
en que la fe de vuestro hidalgo pecho

a tantas pruebas la mayor añada.

OTAVIO:

Corrido estoy, por Dios, de que hayáis hecho
para mandarme, tales prevenciones.

MARQUÉS:

Yo estoy de vuestras veras satisfecho;
mas es justo en tan grandes ocasiones
el fuego en las cenizas sosegado
despertar, y acordar obligaciones.
Si hubiera de pedir os que a mi lado
saliérades al campo a un desafío,
venid, solo os dijera, confiado;
mas no sin causa agora desconfía,
cuando duro fiscal pretendo hacer os
de ajeno honor, por conservar el mío;
que pienso que los nobles caballeros
sólo por no tocar en honra ajena,
pueden romper de la amistad los fueros.

OTAVIO:

No llame dura la más dura pena
quien con lengua insolente y atrevida
la ajena fama y opinión condena;
mas si puede, Marqués, ser ofendida
la vuestra del recato, es bien que sea
en mí amistad a todas preferida.

MARQUÉS:

Sabed, pues, que el amor de suerte emplea
su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento
no hay parte que su fuego no posea.
Resuelto estoy a declarar mi intento
hoy a Leonor, y con su blanca mano
dar venturoso fin a mi tormento.
Vos, que con ella el pueblo sevillano
desde la cuna honrastes hasta el día
que partistes al suelo cortesano;
pues está en vuestra mano la honra mía,
debajo de la llave del secreto,
si de mi fe vuestra amistad lo fía,
me decid si padece algún defeto
la fama de Leonor, porque yo deba
suspender de estas bodas el efeto.
Habladme claro, Otavio, sin que os mueva

ni la afición ni el deudo que le tengo,
a que en vos menos la verdad se atreva.
No a vos amante, sino honrado vengo.
Mi sentimiento temeréis en vano,
pues para el desengaño me prevengo.
Imitad al experto cirujano
en quien para el remedio del doliente
tiene el pecho piedad, crueldad la mano.
Sólo de vuestra lengua está pendiente
que yo ejecute mi intención, Otavio,
o que reprima la pasión ardiente.
Moved resuelto el oficioso labio,
advirtiendo que pongo, ¡oh caro amigo!
mi honor en vuestros hombros o mi agravio.

OTAVIO:

Lo que os dije otras veces, que conmigo
comunicastes este mismo intento,
por verdad infalible agora os digo.
Creed que a no ser esto lo que siento,
la centella al principio os apagara,
antes que os obrasase el pensamiento;
el oculto peñasco os enseñara
sin ser de vos, Marqués, examinado,
y el timón en las manos, os dejara;
que aunque sólo ha de darse demandado
el consejo, entre amigos el aviso
se ha de dar, sin pedirlo, al descuidado.
En cuantas tierras vio de Cipariso
el claro amante, y la purpúrea diosa
que el viejo esposo tan en vano quiso,
Nunca opinión más clara, o más honrosa
fama alcanzó doncella, que en Sevilla
la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.
Gozaad feliz la octava maravilla
de virtud, de prudencia y hermosura,
del mundo asombro y honra de Castilla.

MARQUÉS:

Mi honor con eso, Otavio, se asegura,
y mi amor se resuelve.

OTAVIO:

El cielo mide
con su merecimiento su ventura.

Sale RICARDO

RICARDO:

Mi cuidado, señor, albricias pide.
En la silla salió la guardadora
Vigilante del bien, que ver te impide.
Sola queda Leonor.

MARQUÉS:

Aunque ya agora,
resuelto a ser su esposo, se holgaría
Clara, los hurtos ama quien adora.
A solas quiero ver la gloria mía.

OTAVIO:

Bien decís; que vencer la resistencia
aumenta a los amantes la alegría,
y minora los gustos la licencia.

Vanse. Salen LEONOR y REDONDO

LEONOR:

Presto volviste.

REDONDO:

Escondime
en un zaguán, y en pasando
doña Clara, vine al punto
a prevenirte del caso.

LEONOR:

Habla pues; que estoy confusa.

REDONDO:

Celoso y determinado
mi dueño, al Marqués buscó,
que es tu amante y su contrario;
y fingiendo que un su amigo
solicitaba tu mano,
le pidió que desistiese
del intento comenzado.
No se conformó el Marqués;
antes juzgó por agravio
la demanda, y con disgusto
al fin los dos se apartaron.
Pues como el Marqués prosigue

atrevido y confiado
en publicar, tan a riesgo
de tu opinión, sus cuidados;
mi señor, por evitar
los escandalosos daños
que en tu fama sucedieran,
si por ti riñesen ambos;
para entrar secreto a verte,
él y don Félix trazaron
sacar de aquí a doña Clara.
Don Félix la está esperando
en San Sebastián; y oculto
ocupa un zaguán cercano
mi señor, para meterse,
por cohecho o por engaño,
en la silla de tu tía,
y venir a verte, en tanto
que ella en la Iglesia le está
con don Félix aguardando.
Éste es el caso, y el punto
éste en que viene mi amo
por la calle en la litera
de dos racionales machos.
Apercibe pues, señora,
resolución para el caso.
No se pase la ocasión,
que tiene el cerebro calvo.

LEONOR:
¡Ay de mí!

REDONDO:
¿De qué te afliges?

LEONOR:
A un punto me hielo y ardo,

REDONDO:
Pasos siento. Éste es sin duda
mi señor.

LEONOR:
Mil sobresaltos
me cercan.

Sale MENCÍA

MENCÍA:

En este punto
el Marqués en casa ha entrado.

REDONDO:

¿El Marqués? ¡Cuerpo de Cristo!

LEONOR:

Ponte presto, ponte el manto.

REDONDO:

Despáchalo presto. Mira
que ya llegará mi amo,
y si se encuentran los dos,
es forzoso un gran fracaso.

LEONOR:

Vele a avisar.

REDONDO:

Dices bien.

LEONOR:

Di que se detenga un rato;
que al punto al Marqués despide.

REDONDO:

Yo voy; mas voy recelando
que intentamos detenerlo
con lo que ha de apresurarlo.

Vase. Salen el MARQUÉS y RICARDO

MARQUÉS:

Bella Leonor...

LEONOR:

Razón fuera,
si supo vueseñoría
que no está en casa mi tía,
que este pesar no le diera;
y si no lo supo, ya
que lo sabe, será justo
que a mí me evite el disgusto
que ella conmigo tendrá,

pues ha de pensar que es mía
la culpa de esta ocasión.

MARQUÉS:

Si escucháis una razón...

LEONOR:

Sírvase vueseñoría
de perdonarme, y difiera
lo que quiere hablar por hoy;
y no se espante si soy,
de recatada, grosera.

MARQUÉS:

A pedir favor he entrado,
y he de porfiar, Leonor;
que un mendigo de favor
bien puede ser porfiado.
Despedirme, confesáis,
señora, que es grosería;
y yo confieso la mía
de no hacer lo que mandáis.
Una por otra, Leonor,
se vaya. Igual es el trato;
pues si os obliga el recato,
a mí me obliga el amor.

LEONOR:

Amarme ¿es darme pesar?

MENCÍA:

Déjale por Dios decir,
y gasta el tiempo en oír,
que gastas en porfiar.

LEONOR:

Decid pues, con que abreviéis.

MARQUÉS:

Sólo digo que os ofrezco
esta mano, si merezco
que la de esposa me deis.

LEONOR:

Qué decís!

MARQUÉS:

No digo más;
que obedeceros deseo,
y en esto que he dicho, creo
que se encierra lo demás.
¿Qué dudáis? ¿No respondéis?

LEONOR:

Señor Marqués, no os espante
en caso tan importante
esta suspensión que veis;
que no sin causa al deseo
que me proponéis resisto,
pues por los medios que he visto,
dudo los fines que veo.
Porque si vuestra intención
era levantar mi mano
al tálamo soberano
de vuestra dichosa unión,
¿de qué sirvió tanta espía,
con recato y diligencia,
para tratarlo en ausencia
de mi cuidadosa tía,
siendo negocio tan llano,
que para este intento fuera
ella la mejor tercera,
viendo lo mucho que gano?
Por esta razón no creo
la dicha que me sucede,
y lo que presumo puede
más en mí que lo que veo.

MARQUÉS:

Recelos fueran discretos,
justas presunciones ésas,
si fuesen estas promesas
y no presentes efectos.
Si os doy mano de marido,
¿qué teméis? ¿Qué receláis
cuando la verdad tocáis?
si porque os he pretendido
como galán, os advierto
que fue por gozar favor,
alcanzado por amor
primero que por concierto;
que no porque mi deseo

no fuese, desde que os vi,
saros posesión de mí
en pacífico himeneo.
Cesen pues ya las crueldades
que causó el recelo vano,
pues que con daros la mano
averiguo estas verdades.

LEONOR:

Puesto que las acredito
con agradecido pecho,
no deis a tan justo hecho
circunstancias de delito.
Con doña Clara mi tía
tratad estas intenciones,
porque las justas acciones
no huyen la luz del día.

MARQUÉS:

Al punto a buscarla iré;
que demás de ser tan justo,
los delitos de tu gusto
son las leyes de mi fe.
Pero tú, señora mía,
será bien que un sí me des.

MENCÍA:

Bien dice.

LEONOR:

Digo, Marqués,
que lo tratéis con mi tía.

MARQUÉS:

Sepa yo tu voluntad,
di que sí, mi bien, si quieres.

LEONOR:

No dicen más las mujeres
de mí estado y calidad.
y con esto, idos con Dios.
No demos qué murmurar,
si algún vecino os vio entrar.

MARQUÉS:

Mi honor es el de los dos;

pero, mi bien, por venir
más presto al bien soberano
de tocar tu blanca mano,
más presto quiero partir.
¿Dónde hallaré a doña Clara?

RICARDO:
Que en San Sebastián quedó,
ha dicho quien la siguió.

MARQUÉS:
Pues adiós, mi prenda cara.

RICARDO:
La silla es ésta, señor,
de doña Clara.

Salen dos MOZOS, trayendo una silla de manos, y en
ella a GARCÍA, oculto

MARQUÉS:
Si viene
en ella, cuidado tiene
mi fortuna de mi amor.

LEONOR:
(¡La silla! ¡Ay triste! Mencía, *Aparte*
¡Qué gran mal! Perdida quedo.)

MENCÍA:
(Yo lo estorbaré, si puedo.) *Aparte*

Llégase MENCÍA a la silla, y mírala

La silla viene vacía.
¿Y señora?

MOZO:
Quedó en misa
En San Sebastián.

MARQUÉS:
¿Qué aguardo?
Lleguen el coche, Ricardo,
y a San Sebastián aprisa.

Vanse el MARQUÉS, RICARDO y los MOZOS

MENCÍA:

Qué bien se ha hecho!

LEONOR:

Los cielos
guardaron mi honor, Mencía.

MENCÍA: Entre agora don García,
y haga su papel de celos.

Sale don GARCÍA de la silla

GARCÍA:

Decidme, Leonor hermosa,
¿A que tan aprisa van
Los dos a San Sebastián?

LEONOR:

A pedirme por esposa
va el Marqués a doña Clara.

GARCÍA:

¿Qué decís?

LEONOR:

Que fuera justo
que un sobresalto y disgusto
tan grande se me excusara,
Pues envié a suplicaros
con Redondo que un momento
os detuviéades.

GARCÍA:

Siento
en el alma el disgustaros;
pero viendo, dueño hermoso,
que se tardaba el Marqués,
no pude más. Yerro es
de enamorado y celoso.
Mas pues sólo ha sucedido
el peligro y no el fracaso,
de lo importante del caso
tratemos, dueño querido.
El plazo veis limitado,
y veis la ocasión forzosa.

Cumplidme, Leonor hermosa,
la palabra que habéis dado.
Dadme la mano, y entrad
en esa silla, señora.
¿Agora dudáis? ¿Agora
os detenéis?

LEONOR:
Perdonad;
que ya perdió de alcanzarme
la ocasión vuestro cuidado.

GARCÍA:
¿Cómo, crüel, te has mudado
tan presto?

LEONOR:
Por mejorarme.

MENCÍA:
(Dióle con su misma flor.) *Aparte*

GARCÍA:
¿No bastará desdeñarme,
ingrata, sino agraviarme,
haciendo al Marqués mejor?

LEONOR:
¿Negaréis la mejoría,
aunque en sangre sois igual,
de poco a mucho caudal,
de merced a señoría?

GARCÍA:
No la niego; ¿mas qué efeto
a tu promesa le has dado,
tirana, si la has mudado
en mejorando el sujeto?
¿Qué palabra me guardabas,
o qué firmeza tenías,
si a mí sólo me querías
mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
la ocasión de mejoría.

LEONOR:

Yo os confieso, don García,
que ésa es firme; pero es necia.

MENCÍA:

La misma flor. *Aparte*

GARCÍA:

Mi esperanza
vive y muere en tu belleza.
Galardona mi fineza,
no castigues mi mudanza,
no engañes la confianza
que en ese cielo tenía.

LEONOR:

No imaginéis, don García,
que cuando estas cosas digo,
vuestras mudanzas castigo;
antes disculpo la mía.
Dos años fuistes amante
de doña Clara, y por mí
dos años de amor os vi
olvidar en un instante.
Según esto, no os espante
si hoy por el Marqués olvido
vuestro amor, de ayer nacido;
pues debéis considerar
cuán fácil es de apagar
centella que no ha prendido.
Demás que yo, don García,
tengo causas más urgentes;
que en vos miro inconvenientes,
si en el Marqués mejoría.
Amante sois de mi tía,
mal hice en daros favor.
y mudarme no es error,
antes digno de alabanza;
que es mérito la mudanza
cuando es delito el amor.

GARCÍA:

¿Que tal escucho?

LEONOR:

Ésta es
mi resolución. Con esto

idos con Dios. Idos presto.
Mirad que vendrá el Marqués.

GARCÍA:

¡Plega a Dios que no le des
la mano hermosa que a mí
me quitas, y antes que aquí
venga a cumplir tu esperanza,
llores en él la mudanza
que llores, enemiga, en ti!
¡Plega a Dios que antes de verte
con el dichoso que esperas,
mudes intención, y quieras
en mi favor resolverte!
¿Por qué gustas de mi muerte?
¿Por qué das muerte a tu gusto?
Mira, mi bien, que no es justo,
si me tienes afición,
a precio de la ambición
comprar eterno disgusto.
Tu mismo mal te lastime,
que un esposo te dispone
desigual, que te baldone,
y no un igual que te estime.
La ciega ambición te oprime,
con un título engañada.
¿Y no adviertes que casada
con quien tu amor no quería,
te llamará señoría,
pero serás desdichada?
Doy que él de ti sea querido;
luego hará como señor.
Título tendrás, Leonor;
pero no tendrás marido.
Tendrá lecho dividido,
verá pocas auroras
tu casa, o tan a deshoras
vendrá a acostarse tu dueño,
que necesidad de sueño
te tiranice las horas.

Sale REDONDO

REDONDO:

¿Aquí estás, señor? Repara
en que de San Sebastián

salieron, y llegarán
ya el Marqués y doña Clara.

LEONOR:
Vete por dios.

GARCÍA:
Prenda cara,
aún hay plazo en que me des
la vida.

LEONOR:
¿Un mundo no ves
de inconvenientes?

GARCÍA:
Señora,
vécelos por quien te adora.

LEONOR:
También me adora el Marqués.

GARCÍA:
¡Ah crüel!

LEONOR:
Vete, por Dios.
Noble eres, ten cortesía.
No lo perdamos, García,
todo de una vez los dos.

REDONDO:
Coche paró; ya han venido.
Escondámonos, señor.

LEONOR:
¡Ay de mí!

GARCÍA:
Pierda, Leonor,
la vida quien te ha perdido.

LEONOR:
Hacerme un mal tan extraño
ni es amor, ni es cortesía.

GARCÍA:

Lara soy, tirana. Fía
que yo remedie tu daño.
Tú mudaste voluntad;
mas no yo naturaleza.

LEONOR:

Es prueba de tu nobleza.

Salen doña CLARA, el MARQUÉS y don FÉLIX

MARQUÉS:

¿Es don García?

GARCÍA:

Escuchad.

A San Sebastián partía
a verme con doña Clara;
topóme antes que llegara
quien me dijo que salía
ya de la iglesia con vos;
que a dar estado dichoso
a Leonor con tal esposo
veníades juntos los dos.
Dime priesa; que el primero
quise ser al parabién,
ya que para tanto bien
no he servido de tercero;
y porque en un mismo día,
para fiesta más dichosa,
vos recibáis por esposa
a Leonor, y yo a su tía.

MARQUÉS:

La merced os agradezco,
ya doña Clara le doy
el parabién.

CLARA:

Cuanto soy
a vuestro servicio ofrezco.

MARQUÉS:

Dadle la mano, García,
pues yo a Leonor se la doy.

CLARA:
Da la mano.

Danse las manos

LEONOR:
Vuestra soy.

GARCÍA:
(Perdí la esperanza mía. *Aparte*
¿Qué remedio? Corazón,
a quien os ama estimad.)
Vuestro soy.

Danse las manos

CLARA:
Mi voluntad
premia vuestra estimación.

FÉLIX:
(Agora, tristes cuidados, *Aparte*
empezáis cuando acabáis.)
Por muchos años tengáis
gustos de recién casados.
Y aquí, senado, el autor
fin a la comedia da,
porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.

FIN DE LA COMEDIA